

LA ILUSTRACION NACIONAL

ADMINISTRACIÓN:

CLAUDIO COELLO, 20

MADRID

20 de Abril de 1894.

AÑO XV

NÚMERO II

ROMA.—PEREGRINACIÓN OBRERA



LA AUDIENCIA DE SU SANTIDAD

SUMARIO

GRABADOS: Roma: peregrinación obrera: la audiencia de Su Santidad.—Excmo. Sr. D. José María Cos, arzobispo obispo de Madrid-Alcalá.—D. Fidel Villaseca Espiñeira, presidente del Casino Español de la Habana.—Roma: vista del Vaticano y de la iglesia de San Pedro; la Silla gestatoria.—Excmo. señor conde de Chaste.—Vista del nuevo edificio de la Real Academia Española.—Roma: llegada de los peregrinos a la estación.—Roma: la bendición de Su Santidad.—Ocios del viejo menestral.—Roma: el castillo de Santángelo.—El correo discreto.

TEXTO: Crónica general, por D. J. González Forte.—Ni tanto, ni tan poco, por D. Antonio Sánchez Pérez.—Cosas de la Villa, por D. Román Martínez Gorzalo.—Retazo, por D. José Rodao.—Los grabados.—En el álbum de la señora de mi médico, por D. Carlos Cano.—La prensa diaria de información, por D. Pompeyo Gener.—En el álbum de Conchilla Luque, por D. Eugenio de Olavarría Huarte.—El dominó blanco, por doña Soledad M. y Ortiz de la Tabla.—Particular (poesía), por D. José Brissa.—Habladorías, por D. Eduardo de Palacio.—El fantasma, por D. Ángel R. de Obregón.—Epigrama.—Tararí (continuación), por D. Daniel Collado.—Dos mártires, por D. Julián José Urdániz.—Regeneración, por D. Eugenio García González.—Teatros (ilustrado), por *Salazarín*.—Anuncios.

CRÓNICA GENERAL

EN otro contratiempo—y no es pequeño—que la agresión de Valencia, cuyas proporciones no podrán aclararse jamás, porque, como generalmente sucede en estos casos en que unos niegan y otros afirman, la verdad queda por decir, llegaron a Roma los peregrinos españoles, obreros en su mayoría.

Ya se han postrado á los pies del noble anciano sobre cuyas sienes pesa la tiara que representa el poder inmenso de la Iglesia romana; ya han recibido la bendición de Su Santidad, y bajo las altas bóvedas de San Pedro han podido vigorizar su fe y abrir sus corazones á la esperanza, pensando en el Infinito, en esa otra vida, que es el único consuelo del pobre que gime bajo el peso de las cadenas que le ligan á la miseria y al hambre.

Yo quiero creer que estos elevados sentimientos religiosos, y no otros, labrán herido la mente del obrero español cuando, arrodillado en las magníficas losas de aquel templo suntuoso, en que se encierran las más valiosas joyas artísticas, contemplando el fausto y esplendor de la corte pontificia, cuando viera destacarse la noble figura de León XIII entre la púrpura de sus Cardenales, entre el brillante uniforme de sus soldados, entre la pedrería de sus vestimentas, que fulgura rayos de luz; yo quiero creer que el obrero católico, que vive combatido por toda clase de enemigos, cuya salud y cuyas energías sucumben frecuentemente á la codicia del capital que le regatea la luz, el aire y el espacio, ha tenido su pensamiento fijo en las altas regiones, comparando su calvario con el de Aquel que, vistiendo tosca túnica y con los pies descalzos, fué predicando la igualdad del hombre, y la caridad para redimirnos del pecado; pero ¿cómo dudar que en aquellos instantes el noble corazón de Su Santidad no padecía con la lucha que en él debía librarse, al tratar de compaginar los sacrificios que representa la presencia en la Ciudad Eterna de trece ó catorce mil obreros españoles, con las notas dolorosísimas que hasta él han debido llegar de pueblos enteros de esta pobre España, que se amotinán, al grito de pan y trabajo?

Este contraste, este hecho, que pudiera resultar inexplicable, á menos de envolver una acusación de egoísmo y de falta de caridad para nuestros obreros, tiene su explicación. A Su Santidad, por lo que es y por lo que representa, no puede ocultársele la verdad. El obrero español es católico; el obrero español no vacilaría ante ningún sacrificio personal para ir á postrarse á sus plantas; pero en esta ocasión, en que la miseria combate á sus hermanos, ha necesitado del auxilio de los poderosos para satisfacer su noble aspiración.

Esta es la verdad; y como ella no desvirtúa en nada la solemnidad y la importancia de la manifestación, justo es consignarla, para que la opinión no pueda en ningún caso deducir consecuencias del contraste que ofrece el número de obreros peregrinos con el de los que aquí quedan luchando con la miseria.

La madeja política se ha enmarañado de tal suerte, que á nadie extrañaría que hubiera necesidad de romper el hilo, echando nuevos remiendos al Gabinete.

Hoy, la lucha de los ideales políticos es cuestión que á nadie preocupa; en este punto no existen diferencias esenciales entre los partidos de gobierno; pero á aquellas

luchas han reemplazado otras más difíciles, más graves y más profundas, por lo mismo que más directamente afectan á la vida de los pueblos, y de este carácter es el conflicto que en estos momentos preocupa al Gobierno, cuya solución hasta el mismo Sr. Sagasta ignora.

La cuestión de los tratados de comercio es de esas que difícilmente pueden resolverse por un Gobierno, cuando las cosas llegan al estado en que hoy se hallan. Se trata de intereses encontrados: las provincias fabriles y manufactureras defienden sus intereses, combatiendo los tratados, mientras las vinícolas velan por los suyos, excitando al Gobierno á mantenerlos; y en esta lucha, ¿cuál de las dos soluciones será la más beneficiosa? ¿A cuál de ellas se inclina la opinión? ¿Mantendrá sus energías el Gobierno, ó cejará en su actitud?

De toda suerte, sea cual fuere la solución, el estado actual de la política es muy grave, y todo hace creer que no están lejos acontecimientos políticos de importancia.

Dejemos estos graves problemas para poner término á esta Crónica con notas más agradables.

La Academia Española ha abierto sus puertas á uno de nuestros más queridos poetas.

Manuel del Palacio se ha convertido, y la docta corporación cuenta desde el domingo último con el concurso del ingeniosísimo redactor de aquel célebre *Gil Blas*, del poeta de siempre, que á su inspiración une originalidad envidiable, saber, gracia y facundia.

Ha sido un acto de justicia; pero si así no fuera, que lo es, nosotros aplaudiríamos la elección, aunque sólo atendiéramos á las simpatías que el nuevo académico nos inspira.

El Director general de Instrucción pública ha dispuesto que en todas las escuelas se coloque la bandera nacional.

La idea no es mala, pero ofrece un peligro en tanto no cobren los maestros puntualmente.

El de que se hagan un traje rojo y gualdo el día que no tengan con que cubrir sus carnes.

J. GONZÁLEZ FORTE.

NI TANTO, NI TAN POCO

UN escritor ingeniosísimo y muy laborioso, y muy discreto; escritor cuyo nombre no quiero decir, porque, sobre ser él todo eso que he manifestado, y otras muchas cosas de que prescindiré ahora, es muy mi amigo, y mis alabanzas podrían parecer juego de camaradería; ha declarado categóricamente, y en público por añadidura, que nuestras Reales Academias no sirven para nada.

Un académico de la Española, hombre de indiscutible notoriedad en la política y en las letras,—menos en las letras que en la política, eso sí—el Sr. D. Alejandro Pidal y Mon había afirmado mucho antes que las Reales Academias, y muy singularmente la Española, á que el Sr. Pidal pertenece, y que, por riguroso orden de nacimiento, es hermana mayor de las otras, sirven para todo, y para mucho más.

Confieso lealmente que esto último ya me parece demasiado servir, y que lo anterior me parece servir muy poco.

«Todo el mundo en este mundo ha de servir para algo,» dice sentenciosamente un personaje de cierta comedia, muy salada en verdad, de *Miguel Echegaray*; y es exactísima esa afirmación; todo lo que en el mundo existe, sirve para algo; para poco ó para mucho, para bien ó para mal, pero para algo sirve; y si para nada sirviese, no existiría; su inutilidad fuera causa de su muerte.

Muy débil hallo el razonamiento de D. Alejandro Pidal, que atribuye á méritos propios de la Academia Española el hecho de haberse agotado:

Doce ediciones de su *Diccionario vulgar*.

Trece de su *Prontuario de Ortografía*.

Cincuenta y seis de su *Gramática*, etc., etc.

Cualquier ciudadano, á quien se concediese el apoyo oficial de que la Academia disfruta, vendería tantas ediciones de sus obras, como la Academia ha vendido; ó acaso más que la Academia. Pues qué, ¿había olvidado el señor Pidal, cuando esa argumentación aducía, que la

Gramática y el *Prontuario* han sido y son obras de texto (impuestas por el Gobierno) en todos los establecimientos de enseñanza? ¿No recordaba que las definiciones del *Diccionario vulgar* tienen fuerza de ley, en derecho y ante los Tribunales?

Pues esas dos circunstancias bastan y sobran para que se agoten, no digo yo las ediciones que el señor académico indica, sino muchas ediciones más. Sin que sea esto desconocer el mérito real y positivo que tiene la obra estimable de la Corporación doctísima.

Corporación que si no sirve, como sus ilustres miembros creen (ó dicen sin creerlo del todo), para limpiar, fijar y dar esplendor al idioma, puede servir para dar el espectáculo curioso de un fragmento de la civilización del siglo diecisiete, colocado en una vitrina del siglo veinte.

Ya sé que el señor rey D. Felipe V no fundó la Academia Española (plagio de la Francesa, por supuesto), hasta el año 1714; pero á más de que en los primeros años de un siglo se está casi en el siglo anterior, el monarca aludido declaró muy paladinamente: *este designio (al de fundar la Academia se refería) ha sido uno de los principales que concebí en mi real ánimo, luego que Dios, la razón y la justicia, me llamaron á la Corona de esta Monarquía, no habiendo sido posible ponerlo á ejecución entre las continuas inquietudes de la guerra.*

Sé también que todavía no estamos en el siglo vigésimo, pues no hemos salido

del siglo del vapor y del buen tono,
del venturoso siglo diecinueve,
ó, para hablar mejor, decimonono.

como escribía, muy enojado contra su época, nuestro inolvidable Bretón de los Herreros; pero, en la imposibilidad de señalar, como quien traza una línea en el papel, la transición de un siglo á otro, porque *natura non facit saltum*, parece que no exagero si supongo que los terrícolas de hoy nos vamos entrando por los términos jurisdiccionales del siglo XX, cuyos albores hemos principiado á vislumbrar hace bastante tiempo.

Mantengo, pues, mi aseveración de que las Reales Academias, y muy principalmente la más antigua de todas ellas, la Academia Española, son algo así como anacronismos vivientes, residuos de otros organismos sociales, de los que apenas si hoy tenemos concepto muy vago y muy indeterminado, y á los que pudo referirse hace ya dos siglos un monarca absoluto (de los que ya no se estilan por el mundo), para decir que eran... *eran entonces «el más elevado crédito de la Nación, el adorno de la Monarquía, el esplendor de sus súbditos y la mayor gloria de mi Gobierno.»*

Y á más del espectáculo peregrino de una institución de siglos pasados, que aparece rezagada en el nuestro, la conservación de las Academias Reales nos ofrece otro menos extraño seguramente, pero acaso más edificante y más instructivo.

Aludo á las intrigas, cabildos, solicitudes, luchas de influencias que, al sobrevenir una vacante de académico, podemos contemplar los curiosos.

Por un lado el afán, el anhelo de los aspirantes; por otro, los fingidos desdenes y los fruncimientos lascivos de la solicitada ofrecen el cuadro muy digno de ser estudiado por pensadores y filósofos, de las inconcebibles pequeñeces de algunos individuos grandes frente á las grandezas inverosímiles de algunas colectividades pequeñas.

¡Ejemplar precioso de una de la más notables aberraciones de la especie humana!

Ahora no vengan ustedes diciendo que para nada sirven Corporaciones que deleitan y juntamente instruyen; esto es, que cumplen con las condiciones de su existencia, *delectando pariterque monendo.*

A. SÁNCHEZ PÉREZ.

COSAS DE LA VILLA

DESPUÉS de haber tomado tanta ducha natural, después de haber pasado tantos días viendo arriba la blancura de las nubes y abajo la negrura del fango, un sol esplendoroso y una temperatura primaveral vinieron á regocijar las almas tristes y á secar los cuerpos húmedos.

Un recogimiento más forzoso que santo (y no aludo al recogimiento de las faldas), retenía á mucha gente, ora en casa, ya en puntos cubiertos de la capital; sólo andábamos por las calles los infelices que tenemos que

dar de comer á la familia «con el sudor de nuestro rostro».

Mejorando el tiempo, gracias á Dios y al amigo Noherlesoom, los habitantes de Madrid lanzáronse á los paseos y á los arrabales, en cuanto se presentó un día de fiesta seco, templado, claro y alegre.

Así es que el Retiro con sus monas, la Castellana con sus hoteles, las Ventas con sus ventorrillos, la Moncloa con sus frondas, la Fuente de la Teja con sus Tios vivos, y todos los parajes, en fin, donde puede el público solazarse gratis y á la intemperie, han estado estos días concurridísimos.

Por cierto que ve uno por esos paseos de Dios familias que no hay quien sepa cómo viven ni de qué; aunque es de suponer que vivan de milagro.

Abundan mucho los sueldos cortos. Cortos y estrechos, como dice un vecino mío, que es oficial quinto con entresuelo.

Y qué fecundos suelen resultar los padres que disfrutan cortos haberes!

Hay empleados de seis mil reales con seis hijos y visperas sicilianas de otro, ú otros dos.

A lo mejor un jefe de Administración que, según confesión propia, puede apenas sostener decentemente el terceto de hijos que Dios le ha dado, se encuentra en Recoletos á uno de sus escribientes que va tan orondo en compañía de su esposa y de su media docena de retoños.

—¿Cómo vivirán esos infelices, Dámaso? le pregunta al jefe su esposa, mirando de reojo á la familia del escribiente.

—No lo sé, Petra, responde el marido. El tal Balestra lleva seis años á mis órdenes y aún no le he podido calar. ¡Es lo más impermeable!... Sólo conozco sus rasgos.

—Pues entonces...

—No; me refiero á los de sus letras. No parece sino que ha nacido haciendo esas. ¡Y si vieras qué jotas hacel!...

—¿Aragonesas?

—No, mujer; góticas.

El caso es que el escribiente va con su gabán teñido, pero honrado, su lustrosa chistera y sus botas de becerro económico. La *escribienta* lleva su faldita de lana agridulce, sus guantes color amaseca, y su capota en forma de escribanía, adornada con flores cordiales y pájaros fritos. Y delante de ambos esposos, al parecer felices, caminan tres niños como tres mochuelos, pero decentemente vestidos, y tres niñas almidonadas y huecas como tres pantallas.

¿De qué manera estira sus veinticinco duros mensuales el celoso funcionario para cubrir los gastos de su casa?

He aquí el más insondable de los misterios.

Y conste que Balestra no pasa de ser escribiente pelado; quiero decir, que no es de esos vividores que se dedican á varias cosas á la vez, como uno que yo conozco, que de siete á nueve de la mañana copia comedias, de nueve á once fabrica bollos, de once á doce afeitado, de doce á cinco trabaja en Fomento, de cinco á siete enseña el francés, de siete á nueve compone paraguas y de nueve á doce toca la flauta en Apolo.

Balestra, el que vemos en paseo los días festivos, no se dedica más que á copiar minutas en la oficina y á refirir con su señora en casa.

¿Cómo se las arregla para vivir?

¿Cómo se las arreglan muchos que se hallan en el mismo caso y no tienen ingleses conocidos?

Dios lo sabe, pero no lo dice.

¡Y es lástima que no lo digal

ROMÁN MARTÍNEZ GONZALO.

RETAZO

La encantadora Lucía
huyó con Roberto un día,
y luego, en la capital,
todo el que los conocía
hablaba de ellos muy mal.
Sus conductas censuraron
mil labios murmuradores,
y los que más criticaron
fueron... ¡los que no alcanzaron
de Lucía los favores!
Desde que eso sucedió,
si á alguno hablar mal le oído
de una joven, picaso yo.

—De fijo, ese no ha podido conseguir lo que intentó.

Porque bien claro se ve que no sabemos vivir en el mundo, sin decir pestes de todo lo que no podemos conseguir.

JOSÉ RODAO

LOS GRABADOS

ROMA.—Peregrinación obrera.

Es, á no dudarlo, la peregrinación de obreros españoles á Roma el asunto más importante y de mayor actualidad de cuantos ocupan la atención pública. Por esta razón, á ella consagramos la mayor parte de nuestros grabados, dando á conocer á los lectores las ceremonias que en la capital del orbe católico se celebran, así como algunas de las cosas que más han llamado la atención de aquellos de nuestros compatriotas que han acudido á Roma á rendir tributo de respetuosa veneración á Su Santidad León XIII.

Los vandálicos hechos de Valencia, de los cuales este



EXCMO. SR. D. JOSÉ MARÍA COS, Obispo de la diócesis de Madrid-Alcalá.

país católico y liberal ha protestado indignado, porque con ellos tanto á la religión como á la libertad se atacaba, y la agresión de que ha sido objeto el Rdo. Obispo de esta diócesis de Madrid-Alcalá, muévenos á publicar también en este número, el retrato del Sr. Cos, uno de los más entusiastas y laboriosos organizadores de la peregrinación.

Poco hemos de decir de este ilustre Prelado. Difícil era llenar el vacío que la elevación del P. Sancha al arzobispado de Valencia dejaba; pero el actual obispo de Madrid ha hecho menos sensible la marcha del sabio Prelado. El Sr. Cos ha proseguido la obra de su antecesor, y uno y otro han trabajado con fruto hasta organizar la diócesis y poner en orden muchas cosas de la Iglesia, que andaban como Dios quería, y evitar los infinitos abusos que venían cometándose.

Lo mismo como orador que como hombre de ciencia, el Sr. Cos es bastante conocido.

Hable por nosotros, entre otras cosas, su magnífica pastoral sobre la cuestión social, tan celebrada por los más eminentes estadistas.

No es nuestro propósito hacer la biografía del señor Cos, y bastan estos ligerísimos apuntes para acompañar su retrato, que como una actualidad, y rindiendo tributo á sus méritos, hoy publicamos.

La llegada de los peregrinos á la Ciudad Santa ha sido un acontecimiento; y teniendo en cuenta la sorda y empeñada lucha que divide la opinión en Italia, no es extraño que los amigos de grandes emociones, en su *buen deseo*, aspirasen á acontecimientos que, de ocurrir, habrían tenido suma importancia.

Felizmente nada de esto ha sucedido, y tanto los pe-

regrios españoles como el pueblo romano, se han mantenido en el terreno que el deber de los unos y de los otros les imponía.

Varios han sido los trenes que, atestados de peregrinos, han ido de Civita-Vecchia á Roma, y todos ellos fueron bien recibidos por el numeroso público que llenaba el andén.

Nuestros grabados, *llegada de los peregrinos á la estación*, representa el desembarque de uno de estos trenes, dibujados con gran propiedad y perfectamente trabajado por el buril.

Otros dos de los que hoy publicamos, representan escenas imposibles de describir, y de las cuales dan perfecta idea los dibujos que ofrecemos al lector. Son éstas *la audiencia de Su Santidad y la bendición del Papa á los peregrinos*.

La noble actitud del Jefe de la Iglesia católica ante los peregrinos, la sumisión y el respetuoso carifio con que éstos se postran ante el Vicario de Cristo en la tierra, la riqueza del templo, la belleza del conjunto, todo esto eleva el pensamiento á consideraciones distintas, al contemplar la riqueza, el lujo, el esplendor de que los Jefes de la Iglesia se rodean.

La silla gestatoria es una obra de arte de las que más llaman la atención de los católicos que visitan el Vaticano.

Otro de nuestros grabados reproducen el exterior del palacio del Vaticano, y la fachada principal de la Basílica de San Pedro.

Allí aparece la ancha plaza de San Pedro, rodeada por la columnata de Bernini, y en cuyo centro se eleva el arrogante obelisco de Heliópolis, llevado á Roma por el emperador Calígula y levantado en aquel punto por Domenico Fontana, bajo el gran Sixto V; la fachada principal de la Basílica, cuya continuación fué comenzada por Julio II, con su magnífico pórtico, sin rival en el mundo, y la soberbia cúpula que empezó Miguel Ángel y terminó Giacomo della Porta.

Por último, ofrecemos al lector un grabado representando el *Castillo de Santángelo*, uno de los monumentos más notables de Roma.

Este soberbio edificio fué construido en tiempos de Adriano, y destinado hasta Septimio Severo á depósito de sarcófagos corporales, en sustitución del Mausoleo de Augusto; formaba el décimocuarto distrito de la ciudad de Rómulo, comprendiendo en su jurisdicción toda la parte del Vaticano.

El nombre con que hoy se conoce este monumento, de cuatro cuerpos sostenidos por enormes columnas, y terminadas en una estatua del Emperador que protegió su construcción, se debe á Bonifacio IX, quien contribuyó á fortificarlo, rodeando todo su perímetro de ancho foso, cuyas inmediaciones lamen las aguas del Tíber.

D. Fidel Villasuso Espiñeira.

Nos complacemos en publicar el retrato del dignísimo presidente del Casino Español de la Habana, una de las personas que de más simpatías gozan en la isla de Cuba.

El Sr. Villasuso, cuando fué presidente del Centro Gallego, logró colocar á aquella Sociedad á la altura de las más importantes, conservando todos gratos recuerdos de su gestión.

Por sus méritos personales, y por su seriedad y reputación, ha logrado ser presidente del más importante centro de Cuba, y lo es á la vez de la sociedad de auxilios de comerciantes é industriales.

El Sr. Villasuso es de los españoles de la buena cepa, de esos que todo lo sacrifican por la patria, y de ello ha dado recientemente una prueba; pues por indicación suya, cuando se iniciaron los sucesos de Melilla, el Casino Español de la Habana se apresuró á enviar doce mil duros para socorro de los heridos.

La Academia Española y su presidente.

La Real Academia Española ha abandonado su modesta casa de la calle de Valverde para trasladarse al palacio recientemente inaugurado con toda solemnidad.

Con este motivo publicamos una vista del exterior del nuevo edificio y el retrato del veterano de las armas y de las letras, el conde de Cheste, de quien nada decimos, porque para mencionar los hechos principales de su larga vida, que el cielo continúa prorogando, necesitaríamos de un espacio del que no podemos disponer.

Ocios del viejo menestral.

El viejo zapatero remendón interrumpe su trabajo para consagrar algún tiempo á su pipa y á la política: que no hay remendón que no sepa muy de cerca los

acontecimientos políticos del país para poder echar su cuarto á espadas en los discursos de taberna, en los cuales es orador muy atendido.

Nuestro grabado representa al viejo zapatero en actitud de informarse de lo que el periódico dice, mientras saborea el humo de su pipa; y realmente no puede pedirse más verdad al cuadro, trazado de mano maestra por el dibujante y trabajado con verdadero *amore* por el buril del grabador.

El correo discreto.

Merece este grabado fijar la atención, por el arte con que están en él agrupados personajes y accesorios, y por la novedad del asunto, siendo tan notables la ejecución en el dibujo, como el trabajo del buril en el grabado.

La principal figura es un pilluelo que, descalzo de pie y pierna, desempeña, no obstante, el alto empleo de general en jefe de un belicoso grupo de muchachuelos, tan desheredados de la fortuna como él, pero como él felices, porque se hallan en esa risueña y brevísima edad en que la vida ofrece sus aspectos más agradables.

Estimulado el pilluelo por alguna proporción, no vacila en abandonar, momentáneamente, el mando de sus tropas, y sin despojarse de sus marciales atavios, se convierte en correo del amor; pero cuando penetra en la estancia donde se halla la gentil doncella á quien la carta del amante se dirige, vése sorprendido por la presencia allí de una tercera persona, que, á juzgar por la belleza, pudiera ser una rival, y entonces el discreto Mercurio oculta la mi-



D. FIDEL VILLASUSO ESPÍNEIRA, *Presidente del Casino Español de la Habana.*

siva, haciendo al mismo tiempo el saludo militar á las dos hermosas, con toda la desenvoltura de un veterano.

EN EL ALBUM DE LA SEÑORA DE MI MÉDICO

Al poner el nombre mío
En tu álbum encantador,
Que me concedas ansio
Un señalado favor.

Como de virtud modelo
Fuiste y eres y serás,
Y es seguro que en el cielo
Vara muy alta tendrás,

Pon en juego, cuando reces,
Tu influencia en mi favor,
Y Dios, oyendo tus preces,
Dará tregua á mi dolor.

Y así en venturas completas
Trocarán mis aficciones,
De tu esposo las recetas
Y de ti las oraciones;

Pues juzgo que el mejor arte
De recobrar mi salud
Es el tener de mi parte
Su talento y tu virtud.

CARLOS CANO.



ROMA.—VISTA DEL VATICANO Y DE LA IGLESIA DE SAN PEDRO.

La prensa diaria de información.

La prensa en el actual estado, es decir, la prensa de información, más que un bien, es un verdadero mal para la sociedad moderna, aún más que para los mismos literatos.

Con el sistema de información exagerado que hemos llegado, el menor hecho, el acontecimiento más insignificante toma proporciones desmesuradas; gran número de periódicos lo publican y lo comentan, el público impresionado lo devora y lo discute. Con el relieve que le da el hábil relato, el que lo lee se apasiona en pro ó en contra. Luego se amplifica, se analiza, se le buscan aspectos nuevos, se adivinan soluciones, llenan-se columnas de minuciosos detalles, y cada hoja trata de aventajar á las demás, satisfaciendo mejor y más pronto la curiosidad de los lectores, para aumentar así la tirada y repartir buenos dividendos á sus accionistas.

De aquí una ansia, una inquietud, una fiebre que á veces raya en delirio. Estas sacudidas, repetidas diariamente, se propagan, cual corrientes eléctricas, de un país á otro. Aprovechándose de ellas los bolsistas, suben ó bajan los valores públicos, se improvisan fortunas, y se pierden otras en la quiebra. Y cuando un acontecimiento notable ya ha pasado, dejando en paz al público de una ciudad, de una nación, ó del mundo, aparece otro, porque los modernos periódicos no pueden vivir sin esta existencia de sobresaltos y de sorpresas, y á falta de asuntos que conmuevan, se inventan ó se dan proporciones de gran suceso á no importa qué barbaridad, en la cual sólo tendrían que ver la Guardia civil y el juez del distrito.

Antiguamente, desde las columnas de los periódicos no se conmovía al público de las naciones más que con los verdaderos grandes acontecimientos que podían afectar su porvenir: la muerte de un rey, la caída de un Gobierno, una declaración de guerra, una revolución, el incendio de un museo ó de un teatro célebre, el fallecimiento de un genio, etc. Pero hoy á toda una raza le coge un acceso de fiebre monomaniaca porque dos chulos se dieron de puñaladas por una pérdida, ó á propósito de un practicante de farmacia que envenenó á su principal para fugarse con una bolera. Es verdad que así se obtiene el que los tribunales no pasen en secreto ciertos hechos y el que se descubran otros que hubieran quedado ocultos. Pero estos beneficios, que sólo lo son en determinados casos, tienen una contra inmensa. El cerebro humano, en suma, no es más que un órgano repetidor y multiplicador. Cuando recibe una impresión, sobre todo un cerebro sencillo, irreflexivo, tiende á reproducir el acto que la motivó. Los ejemplos saltan á la vista. Después que Schiller cantó tan entusiastamente el bandolerismo, muchos estraliantes de Alemania se hicieron bandoleros, y éste creció en Italia. Cuando los periódicos empiezan á relatar suicidios, otros siguen al poco tiempo. En seguida del proceso de Hædel, Nobiling apuntó al rey Guillermo; un desesperado pegó un puñalada á Humberto de Saboya; voló el zar de Rusia, y dos regicidas dispararon con mano trémula sus mal cargadas pistolas contra D. Alfonso XII. ¿Quién duda, después de haber leído los procesos, que el regicida italiano, lo mismo que el alemán, y sobre todo los españoles, no eran ni asesinos de temperamento, ni iban impulsados por sociedades secretas, ni óbedecían á conspiración alguna? Estos últimos confesaron que se habían calentado de cascotes leyendo el relato de los otros. Fue una fascinación, una sugestión, un caso de hipnotismo, ejer-

cido por el relato, en sus cerebros poco sólidos. Algo de esto pasa hoy día con los dipamiteros. En el explosivo de sus bombas hay parte de la tinta de ciertos periodistas. Así Fournier, en París, lo ha confesado.

Pues bien: este régimen de sacudidas, de perturbación constante, que convierte al periodista en alarmistas de oficio, y á la literatura en un impresionismo continuo, inconsciente é irreflexivo, sí, lo decimos muy alto, es un mal, y un mal gravísimo, al cual urge poner reme-

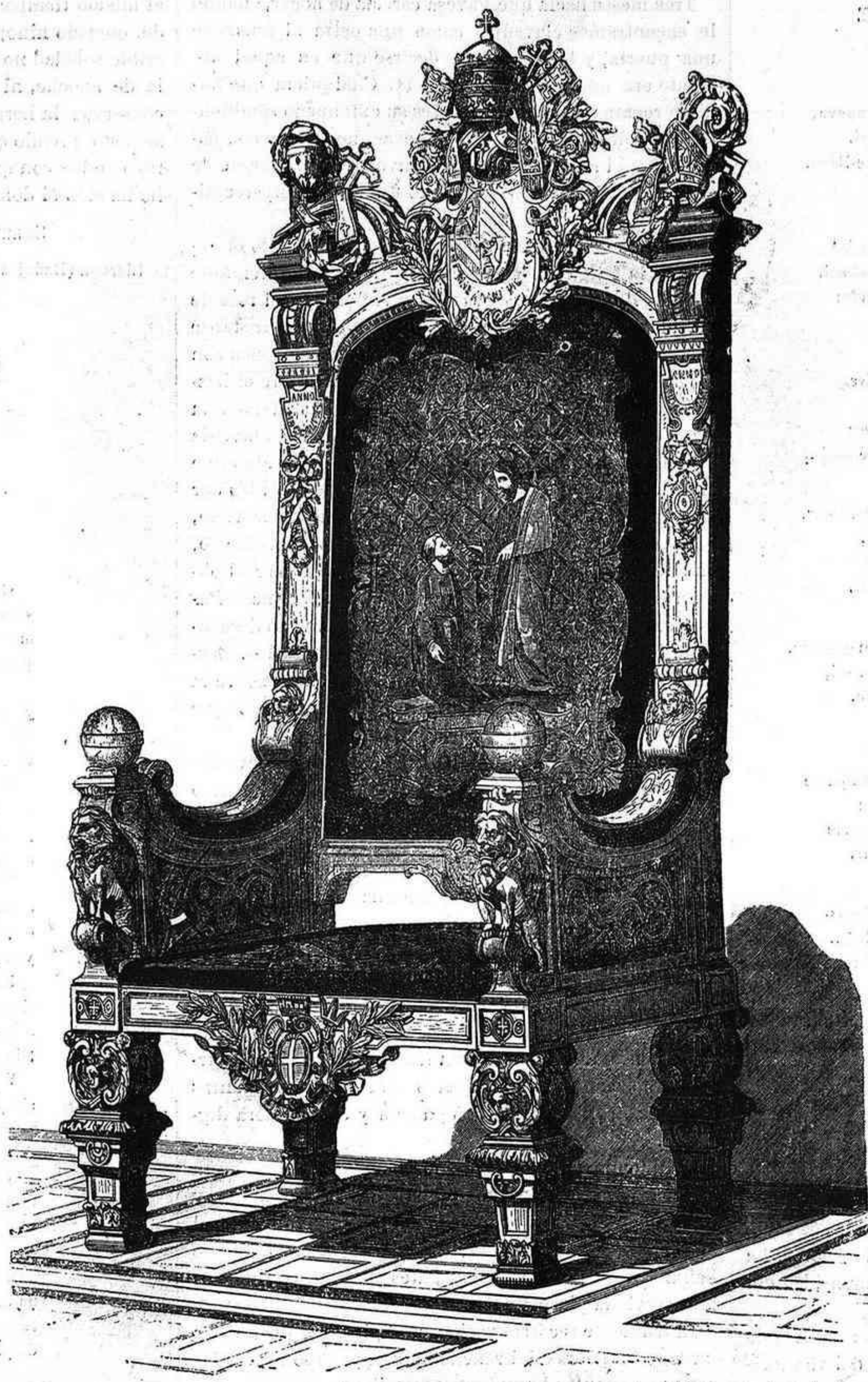
En primer lugar, fabrica celebridades injustas, elevando, sin meditación, á muchos que no lo merecen. Y en segundo lugar, cuando de una notabilidad verdadera se trata, como que su nombre es ya un aliciente para la atención pública, procuran los periódicos noticieros, sin discernimiento alguno, en general, alimentar la curiosidad de los lectores con todo lo que al hombre notable se refiera. Y de esto se aprovechan los *reporters* para desarrollar por su cuenta un sin fin de impertinencias que á nadie interesan.

A Michelet, á Proudhon, á Flaubert, á los Goncourt, y á tantos otros, se les han editado sus diarios íntimos, su correspondencia particular; papeles que nada dicen al que no está iniciado en la vida particular de los autores, y que, al contrario, pueden dar una triste idea de ellos. Gracias á este furor informatorio, ya no hay honra segura, ni detalle íntimo que de particular no pase á público, sobre todo si pertenece á quien sobresalga un poco. Cuando un gran escritor muere, los *reporters*, cual cuervos voraces, échanse sobre su cadáver, lo descuartizan y lo roean antes que los gusanos.

Este abuso clama justicia. No sabemos por qué no ha de haber una ley, en todas las naciones cultas, que prohiban esa profanación póstuma de que hoy son víctimas los grandes hombres. So pretexto de investigación, de observación, y de una cierta experimentación de no sabemos qué género, se les registran los cajones, se les abren los cofres, se compran sus cartas á mujeres venales ó amigos indiscretos, y se presenta al público lo que fué escrito en un día de mal humor, de desesperación, ó de jaqueca, como si fuera el material que determinó sus creaciones, un producto del genio. Y entrométense en su vida íntima; en sus medios de vivir, en todo cuanto hay de más personal y más sagrado, cosas que á nadie deben importar más que al propio individuo.

Todos los verdaderos escritores debieran protestar contra dichas expoliaciones póstumas. En todo grande hombre coexiste el hombre orgánico, vulgar, defectuoso. Cuanto más grande es el primero, más acentuado es el segundo. Los defectos se pronuncian con las cualidades, cual las sombras, que son más intensas cuanto más lo son las luces. En el organismo humano, el desarrollo de una cualidad supone la atrofia de otras. A veces la profundidad del cálculo suprime la imaginación; la exaltación de ésta, borra la memoria de los números, etc. Benvenuto Cellini tendía al robo y al asesinato; Enrique IV era dado á la concupiscencia, y carecía de la idea de propiedad, no distinguiendo entre lo suyo y lo de los demás; Proudhon era sucio y descuidado; Lamartine, vanidoso é inocente, etc., etc. Pero esto no priva que todos estos genios hayan prestado infinitamente más servicios á la humanidad, con sus cualidades, que daño le hayan podido hacer con sus defectos.

Cuando un escritor compone un libro, lo que pone en juego es, como decía De Maistre, el *ángel*, no la *bestia*; es decir, el hombre superior, sus mejores facultades, la inteligencia inmortal. Para hacer, pues, la anatomía de estas facultades de una manera científica, búsquese, si se quiere, cómo se educó, qué amigos tuvo, su carácter, la temperatura y atmósfera á que estuvo sometido, su alimentación, las impresiones que recibió, quiénes fueron sus antepasados; en fin, todo lo que haya podido determinar la obra de arte en cuestión; y esto hágalo el crítico inteligente, el sabio antropólogo, no el curioso desocupado. Hágasele en buen hora la autopsia al coloso, y por un hábil anatómico; pero privesele de que le roean los gusanos, puesto que la disección no es la podredumbre. Nadie compróme más el éxito de las cele-



ROMA.—LA SILLA GESTATORIA.

dio, pues es un ver a lero e aveñamiento de la conciencia. Gracias á ello, pierdes el pueblo su sangre fría, su calma y su juicio sano. Cual esas mujeres nerviosas que el menor ruido sobresalta, y que siempre están desveladas esperando una catástrofe, así los públicos de los grandes centros están siempre excitados y como fuera de quicio, esperando crímenes, escándalos y trastornos. El equilibrio de la sana razón ha desaparecido. Ya todos se apasionan por lo que nada debiera importarles; y en cambio cuando algo notable, en el sentido noble de la palabra, acontece, ni siquiera lo perciben.

¿Qué tiene que ver la aparición de un buen libro, la creación de un poema, un invento, una estatua hermosa, ó una ciencia nueva, al lado de un lord que ha sorprendido á su mujer con tres amantes, ó de una marquesa que se ha arruinado por un torero, más á más si en todo eso ha mediado alguna puñalada, ó unos cuantos tiros de revólver?

Así, el pueblo pierde el entusiasmo para los grandes actos de la vida, á fuerza de derrocharlo en los pequeños.

Y por lo que á lo grande se refiere, y en especial á los hombres de genio, la prensa noticiara es culpable también de otros abusos lamentables.

bridades, que la turba de sus partidarios. Mahoma, al redactar su *Corán*, ya temía por la suerte del islamismo, á causa de sus sectarios, que se fijaban más en sus detalles personales que en la idea que lo impulsaba.

(Continuará.)

POMPEYO GENER.

EN EL ALBUM DE CONCHILLA LUQUE

(DESPEDIDA)

En busca de otras playas, tras una vida nueva,
el viento del destino te arrastra en pós de sí.
¡Que Dios guíe á buen puerto la nave que te lleva,
y dichas y venturas encuentre sólo allí!

¡Oh flor de rico aroma, á Cuba trasplantada!
Cuando en tu cáliz sientas los rayos de aquel sol,
revuelve á nuestras costas tu angélica mirada:
no olvides por el cielo cubano el español.

Allí, las ricas galas, las plantas tropicales,
Naturaleza envuelta en misterioso tul,
luciendo sus espléndidas bellezas inmortales;
los campos siempre verdes, el cielo siempre azul...

Aquí, en España, el frío que agosta los verdores,
la nieve, que blanquea las cumbres al caer,
los campos ateridos, sin césped y sin flores,
tristezas de hoy borrando las galas del ayer...

Pero es la patria, ¿sabes? La patria, lo más santo,
lo más puro y más grande que existe bajo el sol,
lo que el poeta ensalza con armonioso canto,
lo que la aurora tiñe de mágico arrebol.

La patria, sí, y con ella lo que en ninguna parte
le es dado al sér humano fingir ni imaginar:
la tierra, cuyos brazos se abrieron á estrecharte
cuando del cielo mismo viniste aquí á morar.

¡Adiós!... El tiempo bate sus alas, y te alejas.
¡Ya Cuba pide ansiosa que vayas pronto allí!...
¡No olvides al amigo, que al ausentarte dejas
ansiando verse pronto de nuevo junto á tí!

EUGENIO DE OLAVARRÍA HUARTE

7 Abril 1894.

EL DOMINÓ BLANCO

I

EMPEZABA apenas á clarear el alba; un aire de hielo sutil y penetrante se filtraba por los poros. La ciudad, al parecer, dormía aún; la intensidad del frío la obligaba á la pereza.

Mauricio, acurrucado, ó más bien pegado al quicio de una puerta, se resguardaba del cruel azote del viento todo lo mejor que le era posible, apretando los ojos para buscar un sueño tranquilo que durante toda la noche no había podido conciliar, á causa del hambre y del frío. Este muchacho contaría de siete á ocho años; no había conocido á su madre, sino en su lugar á una mujer adusta y despiadada que dos días después de fallecer el padre del chico plantó á éste en la calle como si fuera un miserable perro. Pocos momentos después de ser expulsado por su madrastra, Mauricio encontró una pandilla de rateros de doce á quince años; intimaronle éstos, y aquél les refirió su desventura.

—No te apures, le dijo el que parecía jefe de la patrulla; te admitiremos generosamente, y si sales con desparpajo, no te faltará qué comer. ¡Bahl! Ya te iremos adiestrando; el arte de *sisar* es el más positivo que hoy se conoce.

Mauricio no entendió sino que «debía estar tranquilo y que de hambre no se moriría»; lo demás fué para él un enigma, y por eso añadió medio llorando:

—Gracias, amigo mío; yo trabajaré cuanto pueda; ya verás.

Peró una vez que el chico se hubo enterado de la in noble ocupación de sus protectores, les rogó tan tiernamente que le dejasen á la ventura, que los granujas tuvieron lástima y levantaron mano de él.

La constitución física del pobre huérfano no podía

ser más débil; el menor esfuerzo le rendía, y la más simple amenaza le hacía temblar de pies á cabeza; de aquí que sus compañeros le denominasen *Pavesa*. Y ciertamente que ningún otro apodo le hubiera cuadrado mejor. *Pavesa* era una verdadera pavesa, un *niño de gabinete*, como también le decían. Es verdad que ninguno de sus pilletes camaradas era un Midácrilo; los seres de inclinación pervertida tienen un roedor que les roba el desarrollo de la musculatura; pero eran ágiles como ardillas é incansables como valientes soldados.

Tres meses hacía que *Pavesa* carecía de hogar, cuando le encontramos clavado como una ostra al hueco de una puerta, y bien pudiera decirse que en aquel momento era una pavesa incompleta. Cualquiera que hubiese reparado con algún interés su extenuado semblante, le hubiera dicho: «No te muevas, no te muevas, pobre niño; el aire que corre te convertiría en juguete de sus ráfagas y te sepultaría como un átomo imperceptible...»

Pavesa se estremeció de repente; quizá cuando el exceso de la fatiga le iba á adormilar un poco, sorprendióle el ruido de unas pisadas fuertes y violentas y el roce de vestidos de seda; el rapaz abrió los ojos y un instante después pasaban por delante de él varias personas con lujosísimos disfraces. Mauricio se inclinó sobre el hastial para verlas mejor, y observó que al trasladarse á la acera de enfrente, la que iba detrás de todas, ataviada con un riquísimo dominó blanco, dejó caer algo que Mauricio no pudo distinguir. El muchacho quiso dar una voz para advertir á la máscara lo que había visto, pero estaba completamente afónico; hizo un esfuerzo, enderezóse y logró llegar hasta donde viera caer el objeto: éste era un rico alfiler de brillantes. Entonces *Pavesa* emprendió la marcha por donde había visto desaparecer los enmascarados, pero no logró alcanzarlos. Después de gastar sus reducidas fuerzas, echóse sobre la acera de una solitaria plazuela, como un cuerpo que sólo aguarda su completa descomposición.

Algunas horas más tarde, *Pavesa* abrió de nuevo los ojos: al entrar el día se había reaccionado, aun cuando el hambre le hostigaba con insoportable tenacidad.

El huérfano empuñaba nerviosamente en su mano derecha la bella alhaja recogida, y por un buen espacio de tiempo sostuvo interiormente una lucha cruel y reñidísima. El hambre había clavado sus agudos colmillos en el muchacho de una manera tan incompasiva, que *Pavesa* acariciaba en algunos momentos la idea de escapar de sus inicuas garras, entregando el valioso hallazgo á cualquiera de sus antiguos amigos. Pero semejante pensamiento no tomaba raíz en el corazón del virtuoso rapazuelo, y cuantas veces le acarició, otras tantas le rechazó con sencilla repugnancia y encantadora dignidad.

Reuniendo todo su limitado vigor, el infeliz *Pavesa* se incorporó trabajosamente, luego se puso de pie, y fortalecido por la esperanza de hallar en algún cuartel siquiera miserables resquicios del rancho, cosa que no había conseguido desde bastantes días atrás, salió de la extraviada plazuela.

Útilmente recorrió varios cuarteles; era demasiado tarde, y las sobras del rancho habían ya sido devoradas por unos cuantos harapientos mendigos.

Mauricio pedía limosna con voz desfallecida á cuantos encontraba al paso; pero no recogía sino miradas de desprecio y crueles frases.

Llegó el medio día; el sol desparramaba en hebras impalpables sus clarísimas luces; el cielo estaba completamente azul; el ambiente sereno y templado; todo, en fin, patentizaba la existencia de uno de esos días hermosos de invierno que alegran el corazón y hablan al alma.

Pavesa caminaba aún por unas y otras calles sin rumbo fijo y molido por la fatiga; de pronto temblaron sus piernecitas y levantó la vista como para implorar la divina protección. Y alcanzóla el pobre niño.

En el momento de alzar sus tristes ojos, Mauricio vió un elegante traje de raso blanco tendido sobre la baranda negra y dorada de un balcón.

—Ese... ese es, balbuceó el desventurado *Pavesa*; y sirviéndose de su postrero vigor, consiguió llegar á la casa del balcón pintado de negro y oro, empuñando aún nerviosamente en su diestra el valioso alfiler de brillantes.

II

—Pero esta caja de cristal con un vestido blanco entre los magníficos objetos de tu soberbio gabinete, querido Mauricio....

—No te parece propio, ¿verdad? Pues ese dominó blanco es la causa de mi ventura; por él me prohibió generosamente el marqués de Buencarmín.

Y Mauricio refirió á su interlocutor lo que ya sabemos, terminando así:

—El carácter extraordinariamente alegre del señor marqués no impedía que éste tuviese un corazón de oro, y cuando le presenté el alfiler, riquísima joya que para él no tenía limitado valor, pues era el regalo de boda de su difunta esposa, me dijo llorando y abrazándome al mismo tiempo: «La divina Providencia nos ha reunido, querido niño; desde ahora eres mi hijo, y así la horrible soledad no me impulsará á cometer locuras como la de anoche, ni la miseria volverá á martirizarte si conservas la hermosa virtud que hoy te hace acreedor al justo premio que te otorgo. Pero no olvides que el rayo de luz con que Dios ha iluminado tu penoso camino ha sido el dominó blanco.»

SOLEDAD M. Y ORTIZ DE LA TABLA

Llerena (Badajoz).

PARTICULAR

SR. D. JOSÉ PÉREZ

Preciados, 29,

MADRID

«Triste estoy, pobre de mí
y me hallo muy abatido;
me sale el bigote, sí,
pero no como es debido.

Mis lamentos son fundados
y no hallo á mi mal remedio,
pues me sobra por los lados,
y me falta por en medio.

Y eso que siempre cuidé
de mi bigote de chino.
¡Catorce meses me unté
con corteza de tocino!...

Me he dado, aunque inútilmente,
con aceite de bellojas,
con el sudor de la frente
y con betún de las botas.

Pero el bigote, allá adentro,
siempre de mal en peor,
sobre todo por el centro,
¡sin salir al exterior!

Y yo, firme en mi trabajo,
sin proferir una queja,
renegando por lo bajo
de mi bigote de vieja.

Quedándome solamente
de los preparados mil,
untarme secretamente
con hojas de perejil.

Y si el bigote fatal
no me sale de un tirón,
¡Usaré uno artificial
de plumas de verdorón!

Esto hace un lustro escribí,
y al lustro me retraté,
y cuando el retrato vi
vive Dios que me admiré.

Viendo mi bigote *unido*
¡Oh Pérez! como si fuera
mi bigote maldecido,
lo mismo que el de cualquiera!

¡Protesto, pues, de las artes
fotográficas de hoy día!
(Pero voy á todas partes
con esa fotografía.)

JOSÉ BRISA

FABLADURÍAS

CUENTAN que el párroco de un pueblecillo manchego, en su afán por adornar el Santo Patrono dignamente, para la fiesta con que solemnizaba el aniversario cada año á su divino protector, encargó al sacristán que le embelleciera.

Con que el sacristán, que era *debutante* en su cargo, y había sido cómico movilizad y conservaba parte del vestuario, plantó al Santo un sombrero de tres picos, y le vistió de casacón y taleguilla.

Llegó el día de la función, y el sacristán, que no había consentido que el cura viese el Santo disfrazado, para que también participara de la agradable sorpresa, decía:

—¡Ya verá usted si el pueblo se alborota ó no en cuanto vea al Santo!

Y, efectivamente, llegó el momento y empezó la función.

El Santo estaba cubierto con una cortina.

El cura subió á la sagrada cátedra, y empezó el panegírico del Patrono.

Habían acordado el párroco y el sacristán que, en un momento dado, y previa una señal del primero, descubriría el otro la cortina.

Hicieronlo así, y al compás del fagot parroquial, que entonaba unas variaciones de *Pan y toros*, descubrió el sacristán el Santo.

Al verle disfrazado de personaje de Moratín, rompieron en exclamaciones de asombro los concurrentes.

—¡Dios mío! repetía el cura horrorizado. ¿Qué es esto? ¿Quién eres tú, hombre? Habla y sepamos á qué atañernos. No eres el Santo, ni eres vecino de este pueblo siquiera. Yo no te conozco.

—Pues es lo que decía un ministerial, oyendo en las primeras sesiones de Cortes al Presidente del Consejo:

—Usted no es D. Práxedes, no le conozco. ¡Qué comedimiento! ¡Qué humildad! ¡Qué formas!

Lo que es de formas, poco ha variado en verdad.

Es el mismo que formaba en los tiempos de la milicia.

Peró los años no pasan en balde.

Esto no va con el Sr. Romero Robledo, que está como si se estrenara en esta legislatura.

¡Qué manera de *prendre le poil* al Presidente del Consejo! como decía uno de los fusionistas «más poliglotos».

Sin embargo, consideraciones patrióticas impiden atacar con ensañamiento á la situación.

Porque hemos convenido en llamar patria al pelotón de familia.



EXCMO. SR. CONDE DE CHESTE

Para otros, el sol, el garbanzo, la jota. (Véase Eusebio Blasco.)

La patria con sus toros patrióticos, con sus *cantes*...

¡Ah! Después de pasar unos días en el extranjero, se siente la nostalgia de Guerrita, pongo por caso, de Mazzantini.

¡Cuán patriótica fué la fuga de los dos bueyes que recorrieron, días pasados, la calle Mayor y las adyacentes!

con Rosa por las noches.

—¿Se viste de fantasma? preguntó Juanillo con estúpida cara de asombro y espanto.

—Está claro, hombre; y si yo fuera mozo como tú, ya sabría lo que había que hacer.

—Pues ahora me las va á pagar todas juntas. No va á ser paliza y manteo los que le vamos á dar entre todos esta noche.

Esta frase es de un escritor *espiritoso*.

Parece que un guardia decía á otro, viendo pasar á los bueyes:

—¿Vendrán éstos del Ayuntamiento?

—¡Quién sabe! exclamó el otro: ¡ahí viene tanta gente! Por si acaso, déjalos que corran.

EDUARDO DE PALACIO.

EL FANTASMA

I

Y usted, señor albéitar, ¿qué piensa de eso del fantasma?

—¡Qué he de pensar, hombre! que es una pura farsa y estáis todos asustados sin motivo.

—¡Farsa, farsal! Eso pronto se dice, pero el caso es que yo mismo le he visto hace pocas noches, con unos ojos como ascuas y unas garras como *dalles*, corriendo por frente de la casa del tío Lucas, y haciendo *asina, asina*, con los pies y las manos.

Y el asustado mozo se movía al decir esto como un epiléptico, y luego jadeante, sudoroso, continuó diciendo así:

—Hice la señal de la cruz delante de él y se me quedó mirando fijo, fijo, soltó una carcajada, y *aluego* me dijo con voz de trueno: «Juanillo, ya te estás marchando, si quieres salvar la pelleja;» y yo, es claro, me marché tan aprisa como pude.

—Pues sois tontos de remate todos los que creéis que hay tal fantasma; y para convencerte, no tienes más que preguntarle á Luis, el sobrino del alcalde, cómo se las arregla para hablar



VISTA DEL NUEVO EDIFICIO DE LA REAL ACADEMIA ESPAÑOLA

El concepto de patria, que diría algún filósofo político-moral, es muy vario.

Por lo demás, la patria está muy alta para que la traigan y lleven cuatro caballeros.

Hay quien cree que se sirve á la patria como la ha servido el general Martínez Campos.

Pero estas son creencias nuestras, de los del vulgo.

La patria, para unos, es el presupuesto.

El extranjero que tuvo la suerte de hallarse en Madrid, y en los indicados sitios, en los momentos de la fuga de bueyes, ¡cuánto gozaría!

¡Qué suerte tienen algunas personas!

Afortunadamente no hubo más que algunas cogidas sin consecuencias, aparte de las contusiones indispensables. Una fuga de bueyes vocales es un pasatiempo en acción.

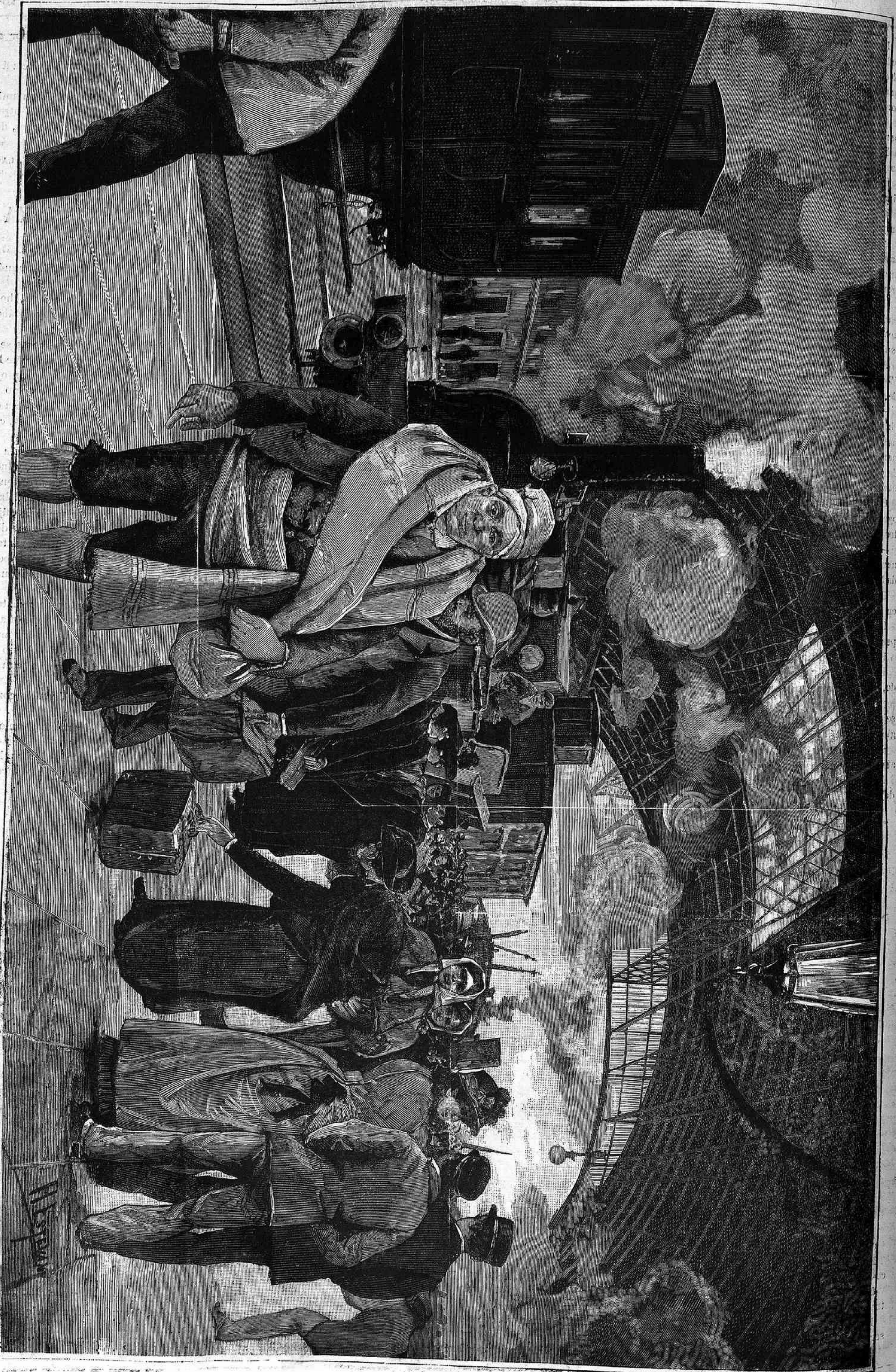
Y dicho esto, echó á correr Juanillo gritando, con toda la fuerza de sus pulmones:

—¡Me las paga! ¡Me las paga!

Entonces el albéitar, comprendiendo que era prudente guardar la mano, después de tirar la piedra, le llamó.

—¡Juanillo, Juanillo!

—¿Qué quiere usted, señor Pedro? dijo el otro volviendo atrás.



ROMA.—LLEGADA DE LOS PEREGRINOS A LA ESTACION

M. STEWART



ROMA.—LA BENLCIÓN DE SU SANTIDAD.

—Que, por Dios, no digas á nadie quién te ha dicho lo del fantasma, mira que me puede costar caro
—Descuide usted, señor Pedro, que seré un pozo, y quede con Dios.
Y volvió á alejarse rápidamente, gritando otra vez:
—¡Me las paga! ¡Me las paga!

II

La noche estaba oscura y fría, las calles del pueblo desiertas, sus escasos habitantes durmiendo... no todos, que algunos velaban con diversas intenciones. De la casa del alcalde, próxima al Ayuntamiento, salió Luis por la puerta trasera, y dirigiéndose á un montón de leña que había en un rincón del corral, empezó á desbaratarle como buscando algo.

Entre tanto, los mozos del pueblo, dirigidos por Juanillo que, después de comunicarles su descubrimiento, les expuso su proyecto, se dirigieron, armados de sendos garrotes, á la oscura y traidora encrucijada, donde se alza la casa del padre de Rosa, y allí se diseminaron, escondiéndose, quién tras una esquina, quién en el quicio de una puerta, para esperar al supuesto fantasma y caer sobre él en el momento oportuno como furiosa avalancha. En pocos momentos halló Luis lo que buscaba, y se transformó en un verdadero fantasma, ridículo y enorme, que sólo podía infundir pavor á aquellos sencillotes aldeanos; y ya se disponía á salir del corral, cuando oyó que le llamaban con premura desde fuera del bardal.

Despojóse del armatoste, y arrojándose á la puerta preguntó en voz baja:

—¿Quién va?
—Soy yo, respondieron: tu amigo Enrique, abréme, tengo que hablarte.
—¿Qué ocurre? dijo Luis abriendo con recelo al hijo del albéitar, que era quien llamaba.
—Te preparan una emboscada esos brutos, y no puedes salir esta noche, á no ser que te gusten los palos.
—¿Y quiénes son esos?
—Los mozos, dirigidos por Juanillo, que, á pesar de ser tonto, ha sabido, no sé cómo, que el fantasma eres tú, y querrá vengarse... ya sabes que te tiene tirria.
—¿Y me voy á quedar sin ver á Rosa?
—Están en la encrucijada, tan furiosos y embravecidos, que aunque vayas en figura de persona, te matan.
—Si hubiera medio de alejarlos de allí...
—Uno hay, pero puede faltar.
—¿Cuál es?
—Hacerles creer que el fantasma está por otro lado.
—Y cuando vean que es mentira, vuelven allí y me pescan.

—No hombre, verás; ponemos este armatoste de pie en medio de la calle, ahí enfrente. Luego, yo voy corriendo hacia allá, y al llegar grito: ¡El fantasma! Me preguntan dónde está, los encamino, llegan desbocados y ciegos, y caen sobre este chisme, haciéndole añicos. Al verle caer destrozado, ó creen que te han matado, ó que han ahuyentado á un alma en pena, y huyen á su vez despavoridos, mientras tú te despachas á tu gusto con Rosa en tu figura natural, por si acaso.

Lo hicieron conforme dijo el hijo del albéitar, y como éste esperaba, cuando Juanillo y los suyos vieron deshecho el monigote, y que no encerraba ningún ser de carne y hueso, quedaron desconcertados.

Los más avisados comprendieron al punto que eran víctimas de una jugarreta, sin pensar por un momento en la fuga del ánima que supusiera Enrique; pero al verse desorientados y sin fácil desquite por el momento, se retiraron mohinos y cabizbajos, cada cual por su lado.

Juanillo pasó por la encrucijada, y en la solana de la casa de Rosa creyó ver dos figuras juntas, muy juntas. Los celos le desgarraron con crueles punzadas el pecho, alzó los puños, amenazando con ira y rugiendo, gritó con voz ronca: «¡Otra vez será!» y se alejó por una estrecha calleja, lanzando imprecaciones y dando traspies.

ANGEL R. DE OBREGÓN

12 Abril 1894.

EPIGRAMA

Un ministro esrafalario
que mil torpezas hacia,
no estoy en cuerda, decía,
con descaro extraordinario.
Y una niña, nada lorda,
le respondió con donaire:
«Hasta que estés en el aire,
nunca estarás en tu cuerda.»

EL ARTISTA



TARARIII...

APUNTES DE UN LICENCIADO

EL FOGUEO

No hay cosa que más azare y descomponga á un recluta, que el tenerse que vestir de prisa y corriendo.

Así que, cuando oímos leer la «orden del cuerpo», en la que se disponía que al día siguiente se tocara diáfana á las cuatro y media, para á las cinco marchar al campo de tiro, con objeto de foguearnos.

Porque hay que advertir que se nos ordenaba formar en traje de campaña, y treinta minutos son muy pocos para que un recluta pueda presentarse en la fila armado de todas armas.

Por eso, aun cuando momentos después de la lectura susodicha la corneta tocó marcha, y vimos que los veteranos se disponían á dar su paseo correspondiente por el «Campo del Moro», la «Plaza de Oriente» ó la «Fuente de la Teja», nosotros, los infelices y azarados quintos, permanecimos en el cuartel, dedicados á la todavía difícil tarea de sacar brillo al correaje y arreglar convenientemente la mochila.

¡Aciaga tarde para el aporreado Mochales, y no menos aciaga para Borreguero, su compañero de torpezas! Cien veces dieron tinta y cera á las cartucheras, y otras tantas volvieron á dejarlas más sucias que estaban; cien veces colocaron los capotes en las mochilas, y otras tantas los tuvieron que quitar.

Y gracias á que el cabo de cuartel se compadeció un tanto de sus angustias, y entre algunas provechosas advertencias y varios insinuantes coscorriones, consiguió dejarlos medianamente arreglados, que si no...

Llegada la noche, tocaron retreta y todo el mundo fué á ocupar su cama respectiva.

En la 3.^a del 2.^o reinó el silencio, sólo interrumpido por los pasos de las imaginarias, que iban y venían para cerciorarse de que en la compañía imperaba el orden más completo.

¡Quién había de decirme que minutos después presenciaria un espectáculo casi idéntico al que presenciara la primera noche que en ella dormí! Diré por qué.

El cabo de cuartel empezó á revistar las camas, levantando con sumo cuidado la ropas de las mismas.

Una, dos, tres, iban revistadas sin que, por lo visto, hubiese encontrado la menor novedad.

Pero al llegar á la veintuna, se oyó una muy enérgica interjección, y se escucharon unos no menos enérgicos y sonoros cintarazos.

Mochales, el desgraciado é inevitable Mochales, era el mortal que los recibía, por haberse zampado en la cama con guerrera, pantalones, polainas y alpargatas; provocando con tan inaudito y antihigiénico atrevimiento las justas iras del cabo de cuartel.

Al instante, y como movidos por un resorte eléctrico, otros muchos reclutas que, como Mochales, habíanse acostado vestidos ó á medio vestir, saltaron de sus jergones y empezaron á despojarse de las prendas que tan anticipadamente se pusieron, mas no sin recibir antes algunas chuletas, con las que les obsequió el enfurecido cabo.

Yo me libré del chaparrón porque era demasiado ladino mi soldado viejo para consentir que á su quinto le pudiese aplicar nadie razones tan contundentes, y tuvo buen cuidado de advertirme que, como no por mucho

madrugara amanecería más temprano, me libraba de meterme en la cama con otras ropas que las interiores. Así lo hice, bendiciendo después su advertencia y mi fidelidad en obedecer.
Por fin, y tras un buen rato de algazarra y jaleo, el orden quedó totalmente restablecido, y el silencio más absoluto volvió á reinar en el dormitorio.

La del alba sería cuando el corneta de guardia nos hizo oír el

Tuerta, retuerta,
puñolera tuerta,

consabido, y aquello no fué saltar de las camas, sino tirarnos al suelo de cabeza.

—Ya estamos en la fila, decía el cabo de cuartel.
—Vestidos y armados, añadía el sargento de semana.
—Tercera, el alférez, gritaba el cuartelero de la puerta.
Y en medio del desorden más espantoso y la algazarra más atolondrada, un quinto se ponía las polainas del revés, otro se colocaba la mochila sin haberse puesto la guerrera, éste llevaba el ros con la visera á retaguardia, aquél dejaba caer con estrépito su fusil, exponiéndose á tener «carga de caña», y todos iban y venían, gestionaban y gritaban, dando un espectáculo muy parecido al que debió dar el pueblo hebreo ante la torre de Babel.

Cuando llegamos al campo de tiro (Campamento de Carabanchel), estábamos medio molidos.

Porque aun cuando la marcha no fué larga, como era la primera vez que caminábamos con el equipo acuestas, nuestras fuerzas habían sufrido gran quebranto.

Pero en cuanto transcurrieron los quince minutos que para reponernos nos habían dado, cada compañía marchó á ocupar su puesto respectivo, y adoptada la conveniente formación, dió principio el fogueo.

¡Y entonces fué de ver á Nicomedes Repica! Hijo del sacristán de un pueblo de cuyo nombre no puedo recordarme, y acostumbrado solamente á columpiar incensarios, llenar vinajeras y tocar á vísperas, empezó á temblar en cuanto oyó los primeros disparos, sin que hubiera fuerzas humanas que le hicieran hacer los que por turno le correspondían.

Le animaba el teniente, le reñía el alférez y le ayudaba el primero; mas todo era inútil.

Repica no sacaba fuerzas de flaqueza. Cansado el capitán, resolvió cortar por lo sano, aplicando un enérgico y quién sabe si infalible remedio al tímido recluta.

Mandó que dos cabos apoyasen las culatas de sus fusiles en los hombros del desdichado Nicomedes; ordenó que ocho soldados se colocasen á retaguardia de éste dándole la espalda, y cuando todos hubieron ocupado sus puestos respectivos y cargado sus fusiles, gritó:

¡Apunten!... ¡Fuee... gooo!

¡Prrruummi!

Se oyó una descarga formidable, el espacio se inundó de humo; cuando el viento le disipó, pudimos ver que el *femenil* Nicomedes había dado con sus huesos en el suelo, lanzando gritos de angustia y de dolor.

Apercibido el médico, se apresuró á reconocerle, y terminado el reconocimiento, declaró que el recluta era víctima de un susto mayúsculo, cuyas consecuencias (si sobrevinían) quedarían radicalmente curadas con una buena dosis de horchata de almidón.

Por el licenciado:
DANIEL COLLADO.

DOS MARTIRES

Los últimos rayos de un sol poniente, que se escondía tras los lejanos y altos montes, iluminaban la pequeña estancia que servía de dormitorio á Felisa; la cual, tendida sobre el rico lecho donde pronto iba á terminar su existencia, contemplaba con melancólica mirada la luz rojiza del encendido arbol. Al lado de la enferma estaba Laura, su amiga íntima, con los parpados enrojecidos por el abundante llanto que de ellos había brotado, esforzándose en vano por parecer serena.

Ningún ruido extraño se oía en aquella estancia; sólo turbaba aquel sepulcral silencio la fatigosa respiración de la pobre Felisa. Ésta tenía fijos los ojos en su amiga, y sus blanquecinos labios se entreabrían de rato en rato,

para dar paso á una amarga sonrisa. La cabeza tendida sobre la almohada, el pelo enmarañado, los brazos tendidos sobre la cama, la respiración anhelosa.... todo indicaba cansancio, abatimiento de fuerzas físicas, y decaimiento de espíritu.

Se había dispuesto á hablar, pero su amiga la indica la conveniencia de guardar silencio, no tanto por el esfuerzo que pudiera proporcionarla, como por evitar una escena que pusiese de manifiesto la emoción que sentía. Felisa cansóse al fin de obedecer aquel mandato.

—¿A qué ese empeño por parecer serena? ¿Crees, por ventura, que no veo tu semblante demudado, y que no adivino que el llanto ha bañado tus mejillas?...

Laura hizo un supremo esfuerzo para contener sus lágrimas, pero faltaron las fuerzas, y prorrumió en amargo llanto.

—Llora, llora, continuó la enferma; el llanto será un lenitivo para tu pena, lo sé por experiencia, las lágrimas son el consuelo de los tristes. Los sollozos que alberga tu pecho aumentan tu martirio; da rienda suelta á tu dolor, y encontrarás alivio. Pero ¿á qué llorar?... La muerte es una tregua que Dios concede á mi dolor, no me compadezcas.

La puerta de la habitación se abrió con violencia y entró el marido de Felisa. Parecía un loco; fijóse su extraviada vista en aquellas dos mujeres cual si las interrogase con la mirada cuál era el motivo de aquel llanto. Laura bajó los ojos para no ver aquel hombre que confuso y azorado, no sabía qué partido tomar; Felisa se incorporó en el lecho, y dando á su semblante una expresión divina, dijo á su marido con débil voz:

—Jaime, te has asustado, ¿verdad?... No es nada; inspiro lástima á Laura, y llora porque ve próximo mi fin. ¡Me quiere tanto!

Volvió á reinar profundo silencio, turbado sólo por los sollozos que se escapaban del pecho de aquel hombre. Felisa miró á su amiga, y ésta ocultó el rostro entre sus manos; Jaime miraba al suelo, cual si experimentase gran turbación ante su mujer.

—Me alegró que hayas venido, dijo ésta después de ligera pausa: tengo que hablarte, y nunca mejor ocasión.

La enferma le cogió la mano, y llevándose la á los labios estampó en ella un cariñoso beso; Jaime dió un paso hacia atrás, cual si hubiese sentido la picadura de una vívora.

—¿Por qué retiras la mano con tan brusco ademán?... ¿Me guardas rencor? Hoy he recibido el Viático; estoy ya dispuesta para la muerte, y te pido perdón.

—¡Calla, te lo pido por nuestros hijos, á los que tanto quieres! exclamó Jaime con ronca voz.

—No me comprendes, dijo Felisa volviéndose á sonreír. ¿Crees que trato de recriminarte?... pues no; quiero que sepas que no te considero culpable. Tú crees que es ironía lo que no es más que sinceridad; tus sufrimientos me inspiran lástima; sé que me profesas verdadero afecto, aunque nunca por mí sentiste amor. Esto no es culpa tuya: al corazón no se le pueden dictar leyes; has hecho todo lo posible por amarme, y no conseguiste tu empeño. ¿Por qué me pides perdón con la mirada?... No eres delincuente, y por lo tanto no puedo perdonarte. Me has hecho desgraciada; pero, lo vuelvo á repetir, no es tuya la culpa; te digo esto para que no te haga ver tu razón extraviada por el dolor, que fuiste mi verdugo, para que, al ver mi cadáver, no digas: «Esta es mi obra.» Buscaste una mujer, y has encontrado una hermana; te engañaste, y yo también; he sido desgraciada; pero... ¿te hice yo dichoso? Contesta.

Fué en vano; ni una sola palabra brotó de los labios de Jaime.

—Te callas, pero tu semblante, demacrado y pálido,

me dicen bastante; te debo gratitud porque no has buscado en otras mujeres lo que no pudiste encontrar en la tuya... ó al menos has procurado que yo lo ignorase; no has malgastado el dinero de nuestros hijos, y nunca escatimaste mis gastos. He sido desgraciada ..

—¡Perdón! ¡perdón! Eres demasiado buena, ó quieres aumentar mis sufrimientos.

—Soy justa; levanta la cabeza, y mírame, porque nada has hecho que pueda avergonzarte. ¿Sales quién es el culpable de nuestro mutuo martirio?

—¡Yo! dijo con energía su marido.

—No; lo es el destino, que unió dos naturalezas distintas; pero el destino es Dios, y no ¡odemos culparle de

—¡Sacrilego! dijo Laura mirando con horror hacia la puerta del dormitorio. ¡Era un ángel!

—Por eso mismo no ha podido ser feliz nuestra unión; si en ella hubiese visto la menor cantidad de materia, la hubiese amado con pasión; pero su cuerpo era la pobre envoltura de su alma, y el amor es un producto en el que el espíritu y la materia entran como factores. Por eso la materia no inspira nunca el amor, pero tampoco lo inspira el espíritu; porque te amo á ti, porque tu cuerpo excita mis apetitos, y porque tu alma es el complemento de la mía, ese todo es el que yo admiré, eso lo eres tú: á la mujer se la ama, al ángel se le venera...

Se oyó el chasquido de un beso, cuyo débil ruido se unió al que producían los cirios que alumbraban á la muerta, y la voz de Laura que decía:

—¡Suelta! ¡Suelta! Nos ve desde el cielo. ¡Perdón, perdón, amiga mía!

JULIÁN JOSÉ URDÁNIZ.

REGENERACIÓN

Al señor Vizconde de Torres-Solanot.

I

JAMÁS mujer alguna ha experimentado metamorfosis más radical en su modo de ser que la que sus amigos y admiradores tuvieron ocasión de observar en la hermosísima Blanca.

Blanca, como su nombre, era su cara; blancos como el marfil sus pequeños y apañados dientes; blanco el torneado cuello, que con exquisita coquetería dejaban ver los estudiados escotes de sus trajes; blancas sus pequeñas manos, de afilados dedos. De regular estatura, más bien un poco alta, de mórbidas y esculturales formas, de expresivos y rasgados ojos negros, de ondulosa cabellera castaño oscuro, Blanca era un dechado de hermosura que causaba por donde quiera que iba ese murmullo de admiración que produce siempre la contemplación de todo lo espléndidamente bello.

Empero, las cualidades morales de Blanca no estaban en armonía con su belleza física.

Es cierto que la maledicencia la había respetado, hasta el punto de que muchas jóvenes, envidiosas de su belleza, y más envidiosas aún del partido de Blanca entre los más apuestos galanes, enmudecían cuando del honor de Blanca se trataba. Mas aunque no hubiera sombras que empañasen el cielo de su honra, tampoco había en su alma virtudes que la embelleciesen.

Fría, desdenosa, altiva, y sobre todo grandemente egoísta, no se contentaba con tributarse culto á sí misma, sino que ambicionaba que los demás se le rindieran por completo y con exclusión de todo; y en verdad que lo conseguía, pues su belleza era imán poderoso que retenía á su alrededor los jóvenes más distinguidos, que se disputaban rendir aquella fortaleza, al parecer inexpugnable.

Entre los jóvenes de entonces, sobresalía, por su figura, bizarría, distinción y elegancia, Fernando, prócer de linajuda familia, que hacía poco había vuelto á Madrid, después de tres años de ausencia pasados en Girona.

La conquista de Fernando fué al principio el sueño dorado de las jóvenes que por su belleza, por sus títulos nobiliarios ó por su dinero, figuraban en la reunión del «gran mundo»; pero pronto cedieron en sus proyectos, pues desde luego pudieron convencerse de que en Fernando no hacían la menor impresión las flechas que por mediación del travieso Cupido le dirigían.

Blanca, la fría como el mármol, según la apellidaban, porque á pesar de sus veintiocho años no había amado



OCIOS DEL VIEJO MENESTRAL

nuestra desgracia, porque no podemos comprender sus designios. Fué siempre mi ideal dos almas besándose en el espacio; yo creí que lograría apagar el fuego de tu ardiente naturaleza, y tú quizá pensases del mismo modo.

El ambiente está saturado del penetrante olor de ácido fénico. La puerta entreabierta de la alcoba da paso á la luz de los cirios que alumbran el cadáver de Felisa. Laura sale de la alcoba donde yace su amiga, y se cruza en el pasillo con Jaime. Baja ella la vista, él se detiene y al ver aquella mujer llena de vida, al ver la que tantas veces le tendiera sus amantes brazos, sintió algo parecido al vértigo, la ardorosa sangre afluyó á su cabeza, zumbáronle los oídos, latióle el corazón con inusitada fuerza; se abalanzó á ella y estrechó su pecho contra el de aquella mujer.

—¡Suelta, suelta! me das horror, dijo Laura: somos los que la hemos asesinado. ¡Suelta, que ella nos ve!

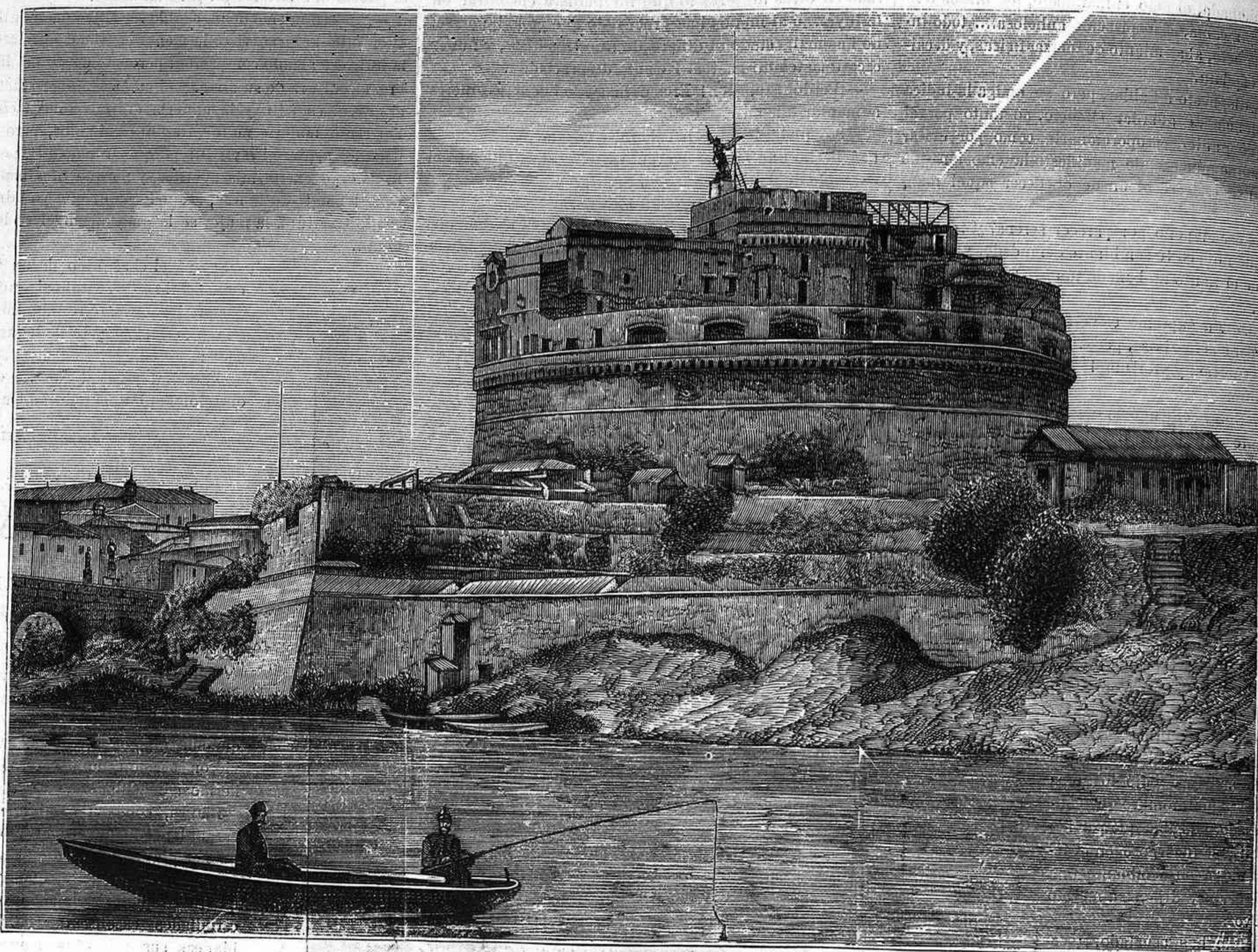
—¿Y nuestro amor?

—Es un amor maldito, un amor adúltero; ella era un ángel.

—Demasiado lo sé, y por eso no pudimos ser felices.

—Hemos sido muy criminales; la hemos hecho traición; no quiero ser más tiempo tu cómplice. ¡Suelta, por Dios te lo pido!

—Unámonos y seremos felices: tú cuidarás de mis hijos, y ella llendecirá nuestra unión desde el cielo.



ROMA.—CASTILLO DE SANTÁNGELO

todavía, trató á Fernando, y desde luego desplegó todas sus artes para captarse sus simpatías y rendirle á sus pies. ¿Había Blanca encontrado al fin el ideal por ella soñado? ¿Estaba realmente enamorada?

No: en el corazón de Blanca no había germinado aún ese dulcísimo sentimiento que se llama amor. Mas por lo mismo que Fernando había permanecido indiferente á las seducciones de las más bellas jóvenes, creyó que era objeto digno de su conquista, y hubiera creído lastimado su orgullo si sus conocidas no veían más ó menos pronto que Fernando la daba repetidas muestras de su apasionamiento.

Además, Fernando, en las frecuentes visitas que hacía á Blanca, visitas la mayor parte de las veces preparadas por ésta, y sin que aquél lo sospechase, habíala manifestado el amor que profesaba á Elena, joven catalana, amor por ella correspondido, pero que algunos obstáculos les hacían aplazar su casamiento para mejores días.

Estas declaraciones habían avivado el incentivo de Blanca. La envidia de creer que otra mujer tuviera más atractivos que ella—sin comprender, por la perversión de sus sentimientos, que otras virtudes que ella no tenía son imanes más poderosos que la belleza física para atraer las almas,—la sugirió el perverso propósito de envenenar las relaciones de Elena y Fernando, y conseguir que éste pusiera entonces en ella todo su amor.

Al efecto, mandó á Gerona á un criado de toda su confianza, el cual logró al poco tiempo entrar al servicio de los padres de Elena, é interceptar las amorosas cartas de Fernando, sustituyéndolas por otras de parecida letra, pero de contenido menos apasionado y cada vez más indiferente. Al mismo tiempo supo con tacto renovar y ahondar antiguos resentimientos entre las familias de Elena y Fernando.

¡Cuánto sufrió la pobre Elena! Ella, que creía ciegamente en la caballerosidad y en el amor de Fernando, no acertaba á comprender las palabras ambiguas de las cartas que recibía. Éstas fueron escaseando cada vez más, y su contenido no la dejó ya duda de la traición de su amado. Esto, y las frases aceradas que alguna vez oía á su padre contra la probidad del padre de Fernan-

do, mataron, ya que no su amor, las ilusiones y esperanzas que hasta entonces la habían sostenido en sus contrariedades; y aunque supo hacerse fuerte para ocultar su profunda pena, el dolor comenzó á minar su organismo, consumiendo poco á poco la vida que le animaba.

Blanca tenía á la sazón un pleito, y supo darse maña para que Fernando tomase á su cargo la defensa, haciendo de este modo que sus visitas fuesen frecuentes y familiares, quitando todo pretexto á la murmuración, pues desde que hacía cuatro años que se quedó huérfana, eran muy contadas las visitas que recibía en el lindo hotelito en que vivía, en compañía de una respetable señora, hermana de su madre, y que hacía las veces de tal.

Muchas tardes, terminados los asuntos profesionales, Blanca y Fernando bajaban á pasear por el jardín del hotel, donde el segundo enseñaba á la primera las cartas frías que de Elena recibía. Fernando exponía á Blanca con sencilla ingenuidad sus dudas acerca de la infidelidad de su amada, pues no á otra cosa podía atribuir el radicalísimo cambio que había entre las anteriores cartas llenas de pasión y las que entonces recibía.

Blanca, ocultando sus verdaderos sentimientos, y con disimulada astucia, tomaba con calor la defensa de Elena, sincerándola de los cargos de Fernando. No era éste de natural desconfiado ni receloso; mas aunque lo hubiera sido, ¿cómo no había de considerar á Blanca como un ángel de caridad, al ver el interés con que procuraba justificar á Elena? ¿Y cómo había de sospechar que esta defensa no era otra cosa que habilísimo ardid para ganarse por completo la confianza y el afecto de Fernando, y cuando concluyese sus relaciones con Elena—y de esto estaba segura que sucedería muy pronto—volviese á ella todo su corazón?

Así sucedió.

Dos meses después, durante los cuales Blanca representó maravillosamente su papel de amiga y hermana cariñosa y confidente, Fernando, fascinado, más que por la espléndida hermosura de Blanca, por lo que él juzgó belleza de su alma, era ya que un nuevo amor hacia ella

reemplazaba al ya casi extinguido de Elena. El contenido de la última carta que de ésta recibió (carta, como las anteriores, falsificada, y cuyo contenido había sido dictado por Blanca), al par que le decía que la olvidase, pues si en otro tiempo pudo á sí misma hacerse la ilusión de que le amaba, esta ilusión habíase ido desvaneciendo desde que de ella se separó; le devolvía la palabra empeñada y con ella toda su libertad de acción.

En sus conversaciones con Fernando, Blanca, al condolerse de sus tristezas, le había dado tales esperanzas, y había sabido demostrarle su afecto de tal modo, que podía estar casi seguro de que su declaración había de obtener favorable acogida; mas como no existía ningún obstáculo que se opusiera á su inmediato casamiento con Blanca, si ésta aceptaba sus ofrecimientos, vaciló algún tiempo antes de hacerlos.

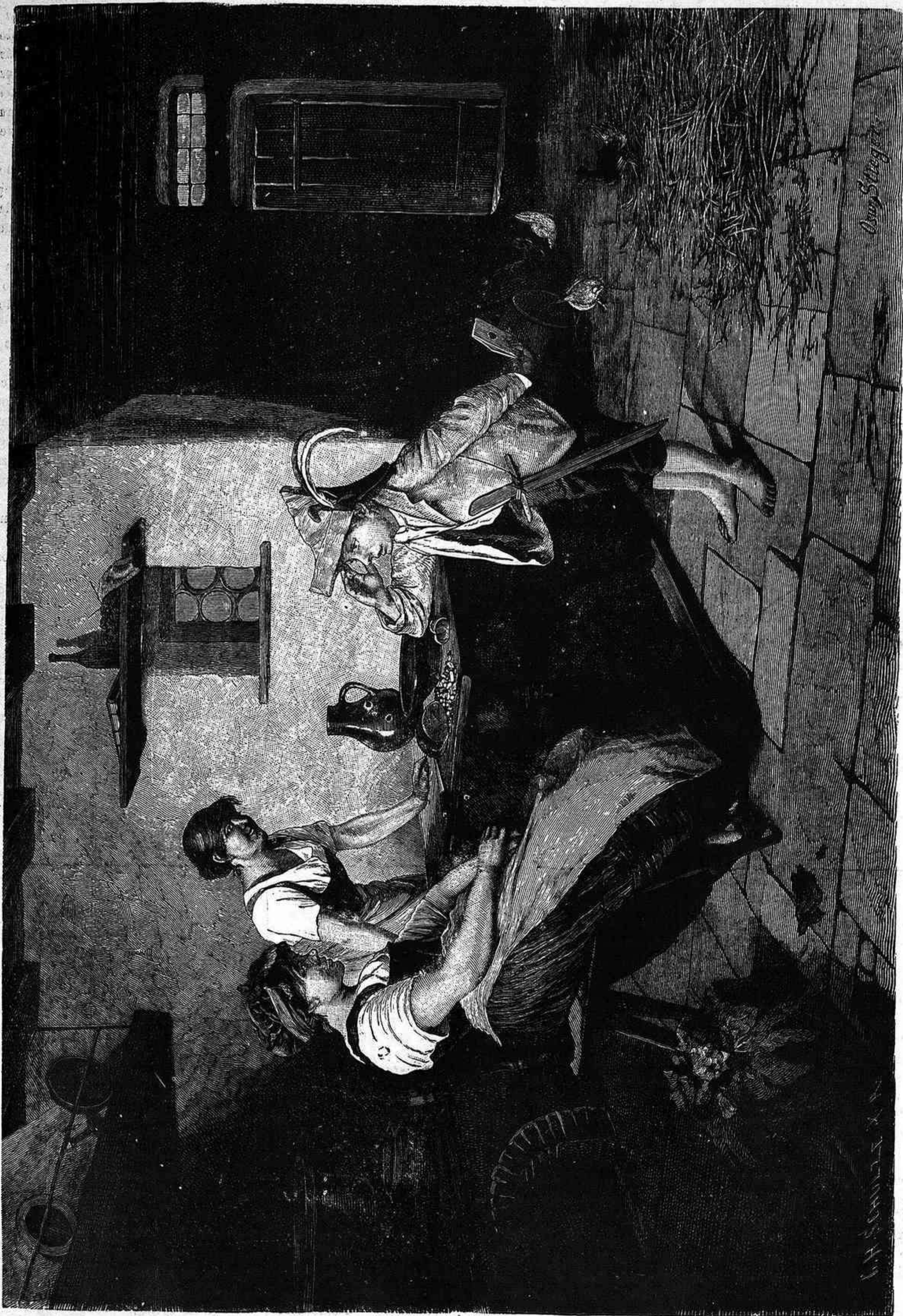
Al fin, vencido por las circunstancias, se decidió.

Preparada estaba Blanca para tal declaración, y, sin embargo, no le dió una contestación definitiva. Le dijo, sí, que apreciaba en todo cuanto valía el favor que le otorgaba, pero que le pedía un corto plazo, no porque ella no le amase, pues repetidas pruebas le había dado, sino porque temía que estas pruebas hubieran creado en su corazón un agradecimiento que él creyera amor, y que durante este plazo se ausentase de Madrid para cerciorarse mejor de la naturaleza de sus sentimientos.

Fernando accedió, más por complacencia que porque dudase de sí mismo, y partió al día siguiente.

En cuanto á Blanca, al obrar de este modo lo hizo con doble intención. Su amor propio estaba satisfecho. Había conseguido lo que desde un principio se propusiera: matar los amores de Elena y Fernando, y conseguir que éste se le rindiera á sus pies.

Pero como el que juega con el amor, como el que juega con fuego, corre gravísimo peligro de ser su víctima, Blanca, que había empezado la conquista de Fernando sin que en su alma existieran otros sentimientos que una tan grande dosis de envidia como de amor propio, al representar su papel de amiga, mímico, y de enamorada después, acabó por experimentar hacia él un sentimiento por ella desconocido.



EL CORREO DISCRETO

En otras ocasiones habíala satisfecho la preferencia que la otorgaran los más apuestos galanes; mas obteniendo el triunfo, había visto con indiferencia que ofrecieran á otras el amor que ella no había querido admitir. No le sucedía ahora lo mismo con Fernando.

No sentía por él ese amor que impele á abdicar con gusto todas las afecciones para no sentir, desear ni querer más que lo que siente, desea y quiere la persona amada; costábala gran trabajo, por otra parte, renunciar á la vida independiente y, más que nada, á los coqueteos que habían sido el acicate de su vida; pero tampoco tenía fuerzas para darle una negativa categórica. Por eso propuso la tregua, creyendo que durante la ausencia de Fernando conseguiría desvanecer aquella especie de atracción que hacia él sentía, y recobrar el imperio sobre sí misma.

II

Pocos días después de la partida de Fernando hallábase Blanca una tarde sentada en una mecedora en la pequeña terraza del hotel, con la mirada fija en el horizonte.

Una franja teñida de color de púrpura por los últimos rayos del sol daba aspecto fantástico á las torres de las iglesias y á los miles de chimeneas que se destacaban de las casas, semejando legiones de diabólicos seres que se agitaban en un mar de fuego.

A medida que las sombras invadían su imperio á la luz y las siluetas del horizonte se confundían unas con otras y acababan por desvanecerse en las negruras de la noche, la imaginación de Blanca iba ensañándose de las otras facultades del alma, acabando, por una de esas causas extrañas que la fisiología y la psicología aún no han podido explicar, por reconocerse con otra personalidad distinta á la que hasta entonces había tenido.

Y cabe afirmar que poseía otra personalidad ú otro yo distinto, porque se hallaba desprovista del exagerado amor propio y de la envidia que habían constituido el fondo principal de su carácter.

Al pensar en su vida anterior, se espantó de su refinado egoísmo, de su falta de caridad y de los infinitos sinsabores que su coquetería había ocasionado á muchas jóvenes, hacia las cuales sentía ahora compasión y cariñoso interés. Elena, su aborrecida rival, apareció ante su presencia como figura angelical revestida de todas las virtudes. Ante su asombrado vista pasaron las idílicas escenas de los primeros amores de Elena y Fernando, tomando parte su corazón en estas alegrías. Después sintió uno por uno todos los horribles sufrimientos que Elena padeció con la lectura de las que ella creía cartas de Fernando y lo que juzgó su desamor; y, por último, veía á Elena que, cual espléndida flor arrancada del rosal, iba perdiendo por momentos la hermosura y lozanía de su semblante y la vida toda de su cuerpo.

La noble figura de Fernando también se le ofreció realzada y con sus caracteres propios. Con evidente claridad comprendió que, engañado por sus ardides, Fernando se acogía á ella más por agradecimiento que por amor, pues el que había tenido á Elena subsistía en su corazón como fuego oculto por la ceniza.

¡Cuánto se aborreció á sí misma! Entonces se juzgó con verdadera justicia. Todos sus actos anteriores, que cuando los ejecutó los juzgó á través de un prisma engañoso—el prisma engañoso con que nos absolvemos á nosotros mismos—pasaron ante su acusadora conciencia como lo que realmente habían sido, algunos como verdaderos crímenes nacidos de la perversidad de su alma.

Al mismo tiempo que se juzgaba á sí misma con tanta imparcialidad como justicia, la envidia, que había sido patrimonio de su alma, huía de ella ante la caridad que la invadía y se posesionaba por completo, y que la hacía desear vivamente el bien ajeno, aun á costa del suyo propio, y sintió una verdadera necesidad de reparar el mal causado.

EUGENIO GARCÍA GONZALO

(Continuará).



A questo es una felicità, ó mio lettore!

Los italianos nos han tomado por otros, y bien sabe Dios que á este paso nos dejan sin más liras que la que pulsen nuestros vates *malgré* para cantar las excelencias del género chico, causa principal de la decadencia de nuestro teatro.

Los españoles se han ido á Roma *por todo* en clase de peregrinos, y es indudable que dejarán allí muy buenos cuartos. En cambio, los italianos se han venido á Madrid por los *perros* que aquí queden, refugiándose en nuestros coliseos.

Da gusto leer los carteles anunciadores de espectáculos públicos.

Comedia.—Compañía dramática italiana.

Príncipe Alfonso.—Compañía de ópera italiana.

Zarzuela.—Compañía de opereta italiana.

Y andiamo, signori, andiamo.

Esto, después de todo, es un bien, porque así nos ilustramos, vamos al decir, y el público aprende lenguas vivas.

Ya verán ustedes, cuando regresen los peregrinos, la que aquí se arma en punto á italiano.

Habrà rivalidades entre los que se fueron y los que quedamos.

—O mio marito! exclamará una chula aficionada al género Novelli, cuando contemple á su hombre ex-peregrino él, que regresa con un chichón (recuerdos de Valencia) en la frente, salvo sea la parte.

—Mia carissima! exclamará él emocionado.

Y la suegra, aficionada á la opereta Giovanini, dirá al paño:

A questa chichone en la testa, me escami!

Mucho, muchísimo han tenido que trabajar Novelli y la prensa; pero al fin triunfaron.

La Comedia se llena alguna que otra noche, y todos son á aplaudir al eminente actor italiano, sobre todo en el género terrorífico.



Novelli es un gran actor, una verdadera eminencia; pero aunque no lo fuera, en aquel escenario resultaría siempre una gran figura, porque teniendo Mario monopolizada la Comedia, parece que se respira cuando otro que él hace y dirige las obras, aunque sea en italiano.

El *cavalier servante*, *Diogene*, *La cavalleriza*, *Le distraction del signore Antenore* y *Papa Lebonnard* han valido verdaderos triunfos á la compañía de Novelli, y en la Comedia se ha aplaudido fuerte estas noches.

Lo que me decía un ex-expendedor de embutidos, hoy capitalista, la otra noche en el saloncillo:

—¡Ha visto usted qué maravilla de hombre! ¡Es estupendo!

—¿Usted domina el italiano? le pregunté.

—Hombre, yo no; pero tantas veces me han llamado bruto los periódicos porque no venía, que ahora no me canso de aplaudir y de tocar el bombo en compañía de los diarios de mayor circulación.

No se puede pedir más á la compañía del Príncipe Alfonso. La adquisición de la Pinkert ha sido el premio gordo de la lotería para la empresa: *Aida*, *Sonambula* y *Puritinos* han proporcionado á la *diva* tres éxitos colosales.

La Kupfer y la Leonardi continúan conquistando aplausos. Son antiguas amigas de nuestro público, que no ha olvidado sus campañas en el Real.

De tenores no andamos muy sobrados, y gracias á Emiliani que se defiende, por más que en *Aida* estuviera á la altura de la fresa.

Coros y orquesta superiores, y como no quiero tocar el bombo, basta de ópera, y paso á la opereta.

Giovanini se ha traído á la Zarzuela la misma compañía, con pequeñas variantes, con que actuó en el Príncipe Alfonso hace algunos años.

Estas compañías de opereta italiana lo entienden; podrá discutirse sobre el mérito del bajo ó del barítono, ó de esta ó aquella parte; pero en cuanto al coro *débil*, no hay nada que hablar.

Hay que ver cómo sirven los platos picantes á los espectadores.

Y, naturalmente, esto lleva público y dinero, y un verdadero marmagnum entre bastidores.

¿Qué tiene sus quiebras para la empresa? ¡Quién lo duda! A lo mejor se le sube el arte á la cabeza á cualquiera de las niñas del coro, y toma las de Villadiego.

El público no se ha decidido del todo por la opereta de la Zarzuela. Veremos si más adelante se anima.

Indudablemente, aquí los que hacen su agosto, este mes de las aguas mil, son los circos y los fabricantes de paraguas.

Los perros musicales de Parish han constituido el *grand succès*, y muchas noches ha habido cola en el despacho para ver la ídem á los clowns caninos.

También Mlle Lylia lleva público bastante al circo de la plaza del Rey, y cuando ella trabaja en la escalera de plata, hay más de un *gentleman* que quisiera devorarla con los gemelos. ¡Antropófagos!

Colón continúa cultivando el arte de Pepe Hillo, y perfeccionando su *Feria de Sevilla*.

Ahora se lidian *toros* de Colmenar, á la portuguesa, y con este motivo muchos días se agota el billeteaje.

De lo que no andan muy sobrados ninguno de los circos, es de clowns.

Los que hasta hoy nos han presentado tienen tan mala sombra.

Hay que hacer una excepción: los grotescos de Parish.



SALTARÍN.





BUEN CONSEJO.—La estación que atravesamos es causa de numerosas molestias en las epidermis delicadas, porque la piel se pone Roja, Seca y Quebradiza. Para evitar estos efectos y las Gr'etas, Excoriaciones, Granitos y Sabañones, es necesario emplear para la Toilette Diaria la higiénica **Crema Simon**, los Polvos de arroz y el **Jabón Simon**.

Evítense las falsificaciones, exigiéndose la firma: **J. SIMON, 13, rue Grange-Batelière, París.** De venta en todas las buenas farmacias, perfumerías, bazares y sederías del mundo entero.

Gran establecimiento de objetos agrícolas para el cul-

tivo y explotación de las abejas por los racionales métodos modernos ó sistema mobilista, de D. Emilio Martín y Fernández, en Llerena (Badajoz).

Se remiten gratis catálogos explicativos á todos cuantos los soliciten.

Extracto de Reales órdenes y Circulares de interés general para los señores Jefes, Oficiales y Clases de tropa del Cuerpo de Carabineros, recopiladas por el sargento de la Comandancia de Almería, Eduardo Molina Charlez.

Precio en España: dos pesetas.

À LOS ELEGANTES

Perfumería de los Principes del Congo.

Victor Vaissier, place de L'Opera, 4, París.

Usad sus jabones deliciosos.

Oled sus extractos incomparables.

Gastad sus polvos finísimos.

De venta, principales perfumerías y droguerías.

ENRIQUE RUBIÑOS, IMPRESOR, SAN HERMENEGILDO, 32.

ALMACEN GENERAL DE ROPAS

para todos los Institutos del Ejército y Hospitales militares,

DE

VILLASUSO, MUELA Y COMPAÑIA

SAN IGNACIO (Entre Sol y Muralla).

Habana.

Apartado de correos, 580.—Dirección telegráfica: Villasuso.

ELIXIR

Protocloruro

DE HIERRO

CON HIPOFOSFITOS

DE VIVAS PÉREZ

Anemia, Raquitismo, Colores pálidos, Empobrecimiento de la sangre, Debilidad, Inapetencia.

El más racional y el más seguro, y de inmediatos resultados de los ferruginosos y de la medicación tónica-reconstituyente.

Precio de cada botella Ptas. 4.—Media botella 2'50 en toda España

Depósito en las principales Farmacias de España y Ultramar.

VENTA AL POR MAYOR.—Madrid: D. Melchor García, Capellanes, 4, aplicado.—Barcelona: Sres. Hijos de José Vidal y Ribas; Sociedad Farmacéutica Española.—Habana: Sras. Llobet y C.; Farmacia y Droguería de D. José Sarrat.—Puerto Rico: D. Fidel Guillermet.—Mayagüez: D. Guillermo Mullet.—Valencia: Hijos de B. Cuesta.

Gran Moda. Revista quincenal de modas y labores. Se publica los días 1 y 15 de cada mes, con dos preciosos figurines en colores, más de 80 grabados en negro de Modas especiales y Labores con Abecedarios, más un gran pliego de patrones.

Número corriente en toda España: 50 céntimos; semestre: 6 ptas.; año: 12 ptas.

Admón.: San Bernardo, 29, Madrid.

MELILLA

Historia de la campaña de África de 1893-94; relación exacta y minuciosa de los hechos de cada uno de los cuerpos del ejército expedicionario, la plaza y el campo de Melilla. Las kabilas limítrofes; política española y política marroquí; descripciones interesantes, noticias inéditas, por Adolfo Llanos y Alcaraz.

Se publicará el día 1.º de Mayo.

Precio: 3 pesetas en Madrid y 3,50 en provincias.

Los pedidos á la imprenta de Regino Velasco, calle del Rubio, núm. 20, Madrid.

El Gran Descubrimiento del Siglo

EL ELÍXIR GODINEAU es el único remedio

(sin peligro alguno) contra la Impotencia, Curación de los Anémicos, de los Extenuados, etc.

REJUVENECIMIENTO Y PROLONGACIÓN DE LA VIDA

Administración del ELÍXIR GODINEAU en PARIS, 7, Rue Saint-Lazare.

FOLLETO GRATUITO REMITIDO FRANCO Á QUIEN LO PIDA

EL ELÍXIR GODINEAU se encuentra en Madrid: en Casa de los Sucesores de MORENO MIQUEL, Arenal 2; — Barcelona: SALVADOR ALSINA, Pasaje del Crédito, 4;

FORMIGUERA y C^{ia}, Tallers, 22. en Zaragoza: Droguería C. GALINO (D. Jaime 1º, Nº 19).

PATE ÉPILATOIRE DUSSEY

destruye hasta las RAICES el VELLO del rostro de las damas (Barba, Bigote, etc.), sin ningún peligro para el cutis. 50 Años de Éxito, y millares de testimonios garantizan la eficacia de esta preparación. (Se vende en cajas, para la barba, y en 1/2 cajas para el bigote ligero). Para los brazos, empléese el **FILIVORE DUSSEY**, 1, rue J.-J. Rousseau, París.

Servicios de la Compañía Transatlántica de Barcelona

Línea de las Antillas, Nueva York y Veracruz.—Combinación á puertos americanos del Atlántico y puertos Norte y Sur del Pacífico.—Tres salidas mensuales, el 10 y 30 de Cádiz y el 20 de Santander.

Línea de Filipinas.—Extensión á Ilo-Ilo y Cebú y combinaciones al Golfo Pérsico, costa Oriental de Africa, India, China, Cochinchina, Japón y Australia.—Trece viajes anuales, saliendo de Barcelona cada cuatro viernes, á partir del 5 de Enero de 1894, y de Manila cada cuatro jueves, á partir del 25 de Enero de 1894.

Línea de Buenos Aires.—Seis viajes anuales para Montevideo y Buenos Aires, con escala en Santa Cruz de Tenerife, saliendo de Cádiz y efectuando antes las escalas de Marsella, Barcelona y Málaga.

Línea de Fernando Póo.—Cuatro viajes anuales para Fernando Póo, con escalas en Las Palmas, puertos de la costa Occidental de Africa y Golfo de Guinea.

Servicios de Africa.—Línea de Marruecos.—Un viaje mensual de Barcelona á Mogador, con escalas en Melilla, Málaga, Ceuta, Cádiz, Tánger, Larache, Rabat, Casablanca y Mazagán.—Servicio de Tánger.—El vapor *Joaquín del Piñero* sale de Cádiz para Tánger, Algeciras y Gibraltar los lunes, miércoles y viernes, retornando á Cádiz los martes, jueves y sábados.

Estos vapores admiten carga con las condiciones más favorables, y pasajeros, á quienes la Compañía da alojamiento muy cómodo y trato muy esmerado, como ha acreditado en su dilatado servicio. Rebajas á familias. Precios convencionales por camarotes de lujo. Rebajas por pasajes de ida y vuelta. Hay pasajes para Manila á precios especiales para emigrantes de clase artesana ó jornalera, con facultad de regresar gratis dentro de un año, si no encuentran trabajo.

La Empresa puede asegurar las mercancías en sus buques.

AVISO IMPORTANTE

La Compañía previene á los señores comerciantes, agricultores é industriales, que recibirá y encaminará á los destinos que los mismos designen, las muestras y notas de precios que con este objeto se le entreguen.

Esta Compañía admite carga y expide pasaje para todos los puertos del mundo servidos por líneas regulares.

Para más informes.—En Barcelona: la Compañía Transatlántica y los señores Ripoll y Compañía, plaza de Palacio.—Cádiz: la Delegación de la Compañía Transatlántica.—Madrid: Agencia de la Compañía Transatlántica, Puerta del Sol, 13.—Santander: Sres. Angel B. Pérez y Compañía.—Coruña: D. E. da Guarda.—Vigo: D. Antonio López de Neira.—Cartagena: Sres. Bosch Hermanos.—Valencia: señores Dart y Compañía.—Málaga: D. Antonio Duarte.

AGENTE GENERAL PARA LOS ANUNCIOS FRANCESES: M. F. MUS, RUE POLONGEAU, 52, PARIS

VELOUTINE FAY

El mejor y mas célebre polvo de tocador

POLVO DE ARROZ EXTRA
preparado con bismuto
por **Ch. Fay**, perfumista
9, Rue de la Paix, PARIS

LA FAVORITA

Agua higiénica para teñir el CABELLO y la BARBA, la mejor y más barata, sin nitrato de plata, destinando 1.000 pesetas al que demuestre lo contrario. No mancha la piel ni la ropa. Usase con la mano ó esponjita. Frasco, 3,50 pesetas. M. Macián, Caballero de Gracia, 30 y 32 entresuelo. Madrid y principales perfumerías.—Exportación á provincias.

VELUTINA FLORA, SIN BISMUTO

Es un polvo impalpable é invisible para el ojo más perspicaz, que blanquea y suaviza el cutis como el que más. Está preparado por la casa de *Dorm*, París, para la *Perfumería Frera*, y como todos los artículos preparados por dicha casa, están aprobados por la *Academia de Medicina*, de París.

Depósito: **PERFUMERÍA FRERA, Carmen, 1.**

LA MARGARITA EN LOECHES

Antibiliosa, Antiherpética, Antisifilítica, Antiescrofulosa, Antiparasitaria, y muy reconstituyente. Con esta agua se tiene la salud á domicilio. Cura con prontitud el *Dengue*; es preservativo de la difteria y tisis, usada con frecuencia, como eminentemente *antiparasitaria*. Este agua no irrita por razón de sus componentes, y es superior á la que, llamándose natural, no tiene fuerza. Pedir prospectos é instrucciones, Madrid, Jardines, 15, bajo. Depósito central y único.

Hecho el análisis por M. HARDY, químico-ponente de la Academia de Medicina de París, fué declarada esta agua la mejor de su clase, y del minucioso practicado durante seis meses por el reputado químico Dr. D. Manuel Sáenz Díaz, acudiendo á los copiosos manantiales, que nuevas obras han hecho aún más abundantes, resulta que la MARGARITA DE LOECHES es entre todas las conocidas y que se anuncian al público, la más rica en sulfato sódico magnésico que dan los más poderosos purgantes, y la única que contiene carbonato ferroso y magnésico, agentes medicinales de gran valor como reconstituyentes. Tienen las aguas de la MARGARITA doble cantidad de gas carbónico que las que pretenden ser similares; y es tal la proporción y combinación en que se hallan sus componentes, que son un específico irremplazable para las enfermedades herpéticas, escrofulosas y de la matriz, sífilis inveteradas, bazo, estómago, mesenterio, llagas, toses rebeldes y demás que expresa la etiqueta de las botellas que se expenden en todas las farmacias y droguerías, y en el depósito central, JARDINES, 15, BAJO DERECHA, donde se dan datos y explicaciones. En el último año se han vendido:

MÁS DE DOS MILLONES DE PURGAS

GRAN ESTABLECIMIENTO DE BAÑOS

Abierto del 15 de Junio al 15 de Septiembre.—Tres mesas.—Baratura y confort.—Billetes, Jardines, 15.

CALLIFLORE FLOR DE BELLEZA

Polvos adherentes é invisibles. Por el nuevo modo de emplear estos polvos: comunican al rostro una maravillosa y delicada belleza, y le dan un perfume de exquisita suavidad. Además de su color blanco, de una pureza notable, hay cuatro matices de Rachel y de Rosa, desde el más pálido hasta el más subido. Cada cual hallará, pues, exactamente el color que conviene á su rostro. En la *Perfumería Central de Agnel, 16, Avenue de l'Opéra, PARIS* y en las seis *Perfumerías suorasales* que posee en París, así como en todas las buenas *Perfumerías*.

ENFERMEDADES SECRETAS

recientes ó antiguas se curan en pocos días y sin sufrimiento por medio de la **INYECCION AL ALQUITRAN POUQUET**
DEPOSITO: En Madrid, Melchor GARCIA. — En Barcelona, Formiguera.

COMPANIA COLONIAL

chocolates especiales

Con este título la COMPANIA COLONIAL tiene á la venta un chocolate verdaderamente superior, y de precio arreglado, que hasta la fecha sólo se elaboraba de encargo para el consumo de algunas familias distinguidas en esta corte.

Precio: un paquete, 400 gramos, 1,75 ptas.
— 1/2 — 200 — 0,88 —

Venta en la COMPANIA COLONIAL
Mayor, 18 y Montera, 8.



COLD-CREAM

virginal á la glicerina.

Suaviza y perfuma el cutis y las manos, reparando los estragos del aire, el frío y la humedad. Las grietas del pezón, los labios y las manos; manchas, pecas, granitos, erisipelas, herpes, escocidos, paño, costras, cortaduras de la navaja de afeitar, etc.

Depósito central: Farmacia de TORRES MUÑOZ, San Marcos, 11. Tarros de 1 y 2 pesetas. Venta en las principales perfumerías.

ESSENCE DE CAFÉ TRABLIT

para viaje y caza. Instantáneamente produce un café con leche de un gusto exquisito. Hállase en todas las tiendas de ultramarinos, y al por mayor, 39, rue Denfert-Rochereau, Paris.

INTERESANTE

á las Revistas ilustradas

Gran centro de alquiler de grabados de LA ILUSTRACION NACIONAL.—Los clichés, galvanos y grabados en madera de nuestra colección, que comprende más de 5.000 asuntos, se ceden en alquiler al precio de 5 céntimos de peseta centímetro cuadrado.

La colección de muestras se halla de manifiesto en nuestras oficinas, Claudio Coello, 20.

PASTILLAS PECTORALES INFALIBLES
contra la
TOS
inventadas en el año 1865 por el
DR. ANDREU
La rápida y universal aceptación que han tenido en todo el mundo y su éxito siempre creciente por espacio de tantos años, son la mejor garantía de las preciosas virtudes medicinales de estas PASTILLAS. Son tan rápidos y seguros sus efectos, que casi siempre se cura antes de concluir la primera caja
LA TOS

FRIO Y HIELO

COMPANIA INDUSTRIAL
DE LOS PROCEDIMIENTOS PRIVILEGIADOS
RAOUL PICTET
CAPITAL: 3.000.000 DE FRANCO
MÁQUINAS
para la producción del **FRIO** y del **HIELO**
BARATAS
Envío Franco del Prospecto.
16, Rue de Grammont, PARIS

Tenemos el honor de poner en conocimiento de nuestros suscritores, que
M. G. Hartmann
SASTRE para CABALLEROS y SEÑORAS deseando dar mayor extensión á sus talleres se ha trasladado *Rue de Châteaudun, 27*. Esta casa, tan favorablemente conocida de la elegante sociedad Española y Americana, por su nueva instalación, puede aceptar las numerosas comisiones que recibe diariamente y de las cuales se encarga con el buen gusto y elegancia que han hecho su nombrada.

Quinium Labarraque

Esta preparación, la única de este género aprobada por la Academia de Medicina de París, es el vino de Quina en su mas alto grado de concentración y de potencia. — La administración del quinium seguida durante algun tiempo, ha producido una tonificación gradual, un aumento de potencia digestiva y por consiguiente una rápida y notable mejoría.

Vino de Quinium A. Labarraque

Este producto energético y dulce á la vez, conviene á todas las personas debilitadas, á los adolescentes fatigados por un crecimiento muy rápido; á las muchachas que encuentran dificultad en fermarse y desarrollarse, á las señoras que acaban de dar á luz y á las nodrizas; á los ancianos debilitados por la edad; á los diabéticos, á los convalescentes de calenturas tifoideas, de pneumonías y en general á los que padecen del estómago, de anemia, de agotamiento de fuerzas y de fiebres. — En razón á su energía, estos productos se toman á la dosis de una copa de las de licor despues de cada comida.

SE VENDEN EN TODAS LAS FARMACIAS y en PARIS, 19, rue Jacob.

Se admiten anuncios á precios convencionales. Dirigirse al Administrador de esta REVISTA, Claudio Coello, 20, Madrid.

VERDADEROS GRANOS DE SALUD DEL D. FRANCK

Estreñimiento, Jaqueca, Malestar, Pesadez gástrica, Congestion, curados ó prevenidos. (Etiqueta adjunta en 4 colores) PARIS: Farmacia LEROY 91, rue des Petits-Champs. En todas las Farmacias de España.

CREMA DE LA MECA

Importante receta para blanquear el cutis; sana y benéfica; basta con muy poca cantidad para aclarar el cutis más moreno y darle la blancura suave y nacarada del marfil. Precio en París, 5 francos.

DUSSER: 1, rue de J. J. Rousseau, PARIS



Tos Opciones **ASMA Y CATARRO** Reumas
Curados por los **CIGARRILLOS POLVO ESPIC** Neuralgias
Venta por Mayor: PARIS, J. ESPIC, Rue Saint-Lazare, 20.
MEDALLA DE ORO — FUERA DE CONCURSO. — Exigir esta firma sobre cada caja.
Depósito en todas las Droguerías y Farmacias de España

